

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI

San José, Costa Rica **1936** Jueves 16 de Enero

Núm. 8

Año XVII — No. 744

SUMARIO

Heine, periodista.....
Nuestras compañeras.....
Libros y Autores.....
Alberdi precursor.....
En busca de la opinión pública.....
Una dádiva de la civilización.....
Las dictaduras son el régimen ideal para las factorías.....
Los "Ejercicios" de San Ignacio y el Renacimiento.....

Corpus Barga.....
Eduardo Zamacois.....
Salvador de Maradiaga.....
José Castillejo.....
B. Sanín Cano.....
Manuel de Montoliu.....

Contra el funesto constabulario de Nicaragua.....
Una estrella flamenca en el cielo del Sur.....
De los vanguardistas de Nicaragua.....
El momento venezolano.....
Carlos Aponte: peleador sin tregua.....

Juan del Camino.....
Fernando Díez de Medina.....
Louis Dowling Jr., Alberto.....
Ordóñez, Octavio Rocha,.....
Manolo Cuadra y Joaquín.....
Pasos.....
Luis Enrique Osorio.....
Pablo de la Torriente-Brau.....

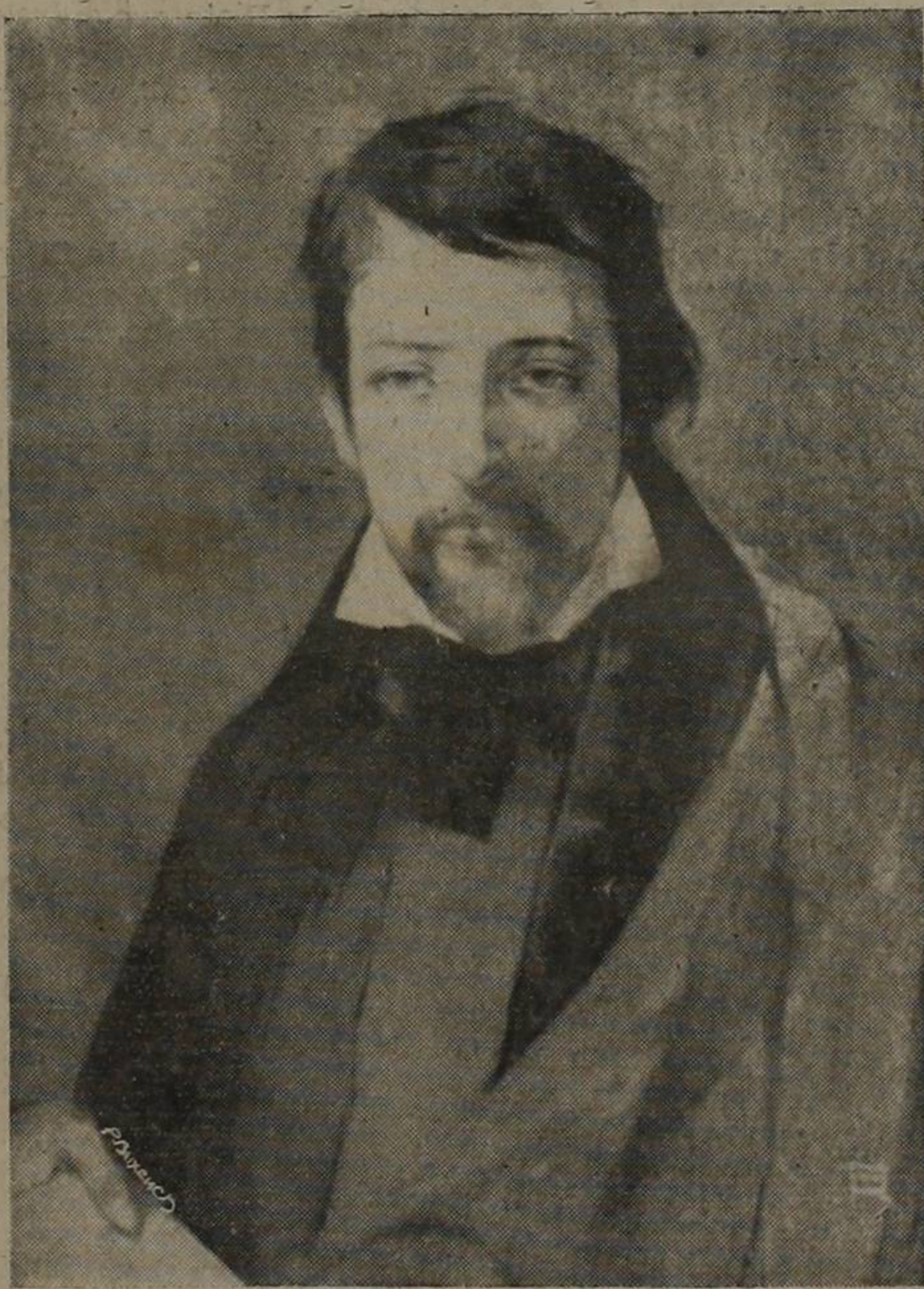
"Si alcanzásemos este propósito, que la gran masa comprenda el presente, los pueblos no se dejarían ya excitar al odio y a la guerra..." Este propósito no puede ser de más actualidad. Más periodístico. Sobre todo en el sentido "eterno" que debe informar al periodismo: "que la gran masa comprenda el presente". Es, en efecto, la finalidad que al periodismo asigna Heine en el prefacio de la colección de sus artículos y boletines cotidianos, escritos desde París, ahora hace poco más de un siglo (en los años 31 y 32 del pasado), para la "Gaceta General de Ausburgo", diario "digno de su autoridad mundial y que se podía muy bien llamar "Gaceta General de Europa", según dice Heine en el mismo prefacio.

Entonces se tenía fe y esperanza en Europa y en la libertad; por lo tanto, en la prensa y en el progreso. Luego se ha visto que el progreso no mejoraba la prensa en el conocimiento del presente, como tampoco el mejoramiento de los instrumentos de comunicación beneficiaba siempre a la libertad, sino que a menudo reforzaba los resortes de la autoridad. Si mañana Abisinia fuese italiana, el gobernador general de Italia en Abisinia imperaría en el país mucho más de lo que ha podido imperar el Negus, por la misma razón que el alto comisario francés en Marruecos y el virrey inglés de la India hacen sentir su autoridad mucho más que los sultanes, los rajas o los sátrapas antiguos. Estos tiranos del pasado tenían armas muy cortas para imponer su tiranía. La función substancial de la autoridad, es decir la función de sacar dinero, les costaba trabajo, a veces sangre y desde luego tiempo. Cobrar los impuestos era toda una operación política, cuando no era guerrera. Para las órdenes más sencillas habían de enviar emisarios a las tribus, que obedecían o no, según las circunstancias, las conveniencias y las amenazas que podían pesar sobre ellas. El virrey moderno y el alto comi-

Heine, periodista

Por CORPUS BARGA

= De La Nación. Buenos Aires, Rep. Arg. =



Enrique Heine

sario actual, con el telégrafo o el teléfono hacen cumplir inmediatamente una orden suya en todo el territorio bajo su mando. La imprenta, la prensa misma, es otro adelanto que ayuda para hacerse obedecer.

Si; nada más curioso y aleccionador sobre el destino propio y oculto, insospechado y en ocasiones hasta contradictorio, que suelen tener las obras de los hombres, que lo sucedido con la prensa, instrumento creado para la difusión de las noticias y de las ideas, en consecuencia, para servir de medio y ayuda a las opiniones, órgano de libertad que

naturalmente se ha ido convirtiendo primero en órgano de partido, luego en órgano de clase y de grupos, por último en órgano de Estado, en los tres casos en transmisor de direcciones, consignas y órdenes, o sea en instrumento de autoridad. "Si en tiempos de Luis XVI hubiese habido prensa como la actual — se ha dicho hace poco en Francia, — no hubiera estallado la Revolución Francesa". Y se ha visto, en efecto, que después de la guerra europea, cuando la revolución avanzó de Rusia por Alemania hacia las democracias occidentales, la prensa, no sólo la

conservadora, la misma prensa revolucionaria, era, en definitiva, un pararrayos de la revolución; cierto que la prensa revolucionaria excita y carga el ambiente, pero su mayor excitación es siempre clara, no revoluciona el ambiente tanto como la falta de noticias, las discusiones confusas y falsas que hicieron arder a Francia en 1789.

De este servicio que presta naturalmente la prensa, aun sin ser forzada, a la autoridad e inclusive al autoritarismo, es verdad que puede sacarse la observación consoladora de que los excesos de la libertad encuentran en la libertad misma su remedio. La prensa mejor, la que cumpla el insuperable propósito de Heine "que la gran masa comprenda el presente", no resulta revolucionaria en el sentido corriente de esta palabra. La comprensión lleva y na llevado a las mayores revoluciones, pero no a lo que entiende la masa por revolución. Para esta revolución se necesita, al contrario y sobre todo, por parte de la masa, cierta dosis de incompreensión. Heine, tan corrosivo, no fué un periodista revolucionario en aquellos años turbulentos de revoluciones. Se mostró ponderado y decidido a no perseguir en sus artículos sino "el conocimiento del presente". "A esta misión — escribió en el prefacio antes citado — quedará dedicada mi vida; esta es mi faena. El odio de mis enemigos puede servir de garantía de cómo he cumplido fiel y honrosamente esta misión hasta la fecha. En lo sucesivo siempre me mostraré digno de este odio. Mis enemigos nunca me olvidarán ni aun cuando mis amigos, en el tumulto de las pasiones irritadas, tomen por tibieza mi calma avisada y circunspecta".

Tal circunspección, semejante tibieza, no apagaron la viveza de Heine ni marchitaron su gracia literaria, que lució pertinentemente en el periodismo la ironía mordaz del gran sarcástico. Heine fué un periodista de principios, mas de sensibilidad; in-

sobornable, pero sin pedantería; humano, aunque de mucho criterio; nada demagógico y muy liberal; tan agresivo como comprensivo; doctrinario, informador anecdótico... Fué no tangencialmente, redonda, totalmente periodista. El periodismo hecho escritor. Hecho por un escritor genial. Todos los matices respetados. Todas las contradicciones explicadas. Sencillamente complejo. De apreciaciones claras y serenas. De actitudes delicadas y firmes. Sonrisas, estocadas, justicias, perdones, desprecios, reconocimientos, verdades. Verdades y la verdad, ante todo, ante las conveniencias, ante las convicciones, ante los partidarios igual que ante los adversarios. La verdad. Heine se hizo periodista para decir la verdad. Nadie pretenderá que fuera infalible; cometió los errores de su época y los de sus juicios, es decir los de sus prejuicios. Pero sabido es que Heine, si físicamente perteneció a la raza hebrea, moralmente pertenece a la raza de los espíritus más libres de prejuicios y por lo mismo más razonables que — desde Luciano, para no ir a buscarlos más lejos,

hasta él, pasando por el más señalado de todos, por Voltaire — ha tenido la humanidad.

También Voltaire y Luciano han sido considerados en cierto modo cual periodistas. Y lo son, no en "cierto modo", así como para rebajarlos; lo son en lo que tiene de esencial, de género moral y literario, en lo que tiene de "eterno" el periodismo, que periodismo lo ha habido siempre, ha sido una modalidad anterior al descubrimiento de la imprenta y aun a la invención del alfabeto. Sin embargo, no ya porque las formas periodísticas de Luciano y de Voltaire están más lejos de nosotros, sino porque escribió en la época de las luchas por la libertad (especialmente por la libertad de prensa) y por existir más dinámicamente las cosas cuando se lucha por ellas, Heine es periodista más totalmente. Se ha dicho en nuestros días, con ánimo de destrucción literaria (lo ha dicho un dadaísta, Tristán Tzara), que ya no caben en la literatura más que dos géneros: la poesía y el libelo. Esta es una de las pocas paradojas que encierra una verdad, si se amplía su alcance y a la vez se

precisan sus términos. No de ahora, sino de siempre, puede decirse que toda literatura es poesía o periodismo, entendiendo por periodismo todo lo que es relato, informe, desde luego noticia y comentario, todo, en fin, lo que es, según la fórmula periodística de Heine, "conocimiento del presente"; y entendiendo por poesía el absoluto lirismo, la poesía pura, que se ha dicho en nuestros días también. Heine no tenía esta concepción de la pureza poética, como ningún gran poeta del pasado la ha tenido, a pesar de lo cual su valor poético es puramente lírico. Tampoco tenía la concepción liberalista del periodismo, a pesar de lo cual su conocimiento periodístico del presente aparece hoy con todo su valor de acusación.

"Les acuso", escribió refiriéndose a los autores de las resoluciones de la Dieta que entregaba Alemania a Prusia y Austria, "les acuso de abusar...", "les acuso de crimen...", "les acuso de alta traición..." El célebre "Yo acuso", de Zola, que no fué — el título — de Zola, sino de Clemenceau, ese gran acierto periodístico, lo tuvo ya Heine. De sus ar-

tículos, escritos durante su destierro en Francia y publicados ahora en castellano por la "Revista de Occidente" en la colección de "Libros del siglo XIX" bajo el título "Lo que pasa en Francia, 1831-1832", todo periodista debe sacar para su particular uso una antología de buena enseñanza. Ninguna historia da mejor que estos artículos una idea de lo que fué la Francia de Luis Felipe ni de lo que fué en ciertos aspectos la gran revolución, todavía evocada en caliente. La evocación de Mirabeau que hay en uno de ellos es un estudio insuperable. Los boletines cotidianos sobre la intentona republicana de junio del 32 son admirables lecciones de correspondencia periodística. Esta colección de artículos constituye un manual para uso de los correspondientes en el extranjero.

¡Y qué lecciones de visión política! Muchas deberían recogerse. Voy a citar sólo una. Dice así:

"Si es locura no ver en los acontecimientos más que las personas, aun es más loco no ver en los acontecimientos más que las cifras".

Madrid, noviembre de 1935.

Nuestras compañeras

Por EDUARDO ZAMACOIS

= De Ahora. Madrid. 11 de diciembre de 1935 =

Por las ochocientas y tantas páginas de "Mi vida" — interesantísima autobiografía de León Trotsky — desfilan varias mujeres de un superior linaje moral. Entre las más extraordinarias colocamos a Alejandra Lvona, la primera esposa de Trotsky. La comunidad de ideas les había reunido y vivían maritalmente cuando el temible agitador, preso en la cárcel de Moscú, supo que iban a extrañarle a Siberia. Para tener derecho a continuar juntos, Alejandra y León se casaron. Ella estaba en cinta, y, a querer, hubiera podido quedarse en Rusia; pero en su noble corazón el egoísmo no había echado semilla, y sin miedo al dolor, abnegada y heroica — con el heroísmo de los iluminados — caminó hacia el destierro. Un destierro de seis años.

El barquichuelo, lleno de deportados en que navegaban invirtió aproximadamente, tres semanas en tocar a la aldea de Oust-Kout, donde desembarcaron. El lugarejo, formado por un puñado de casucas miserables, estaba a orillas del Lena y rodeado de bosques. La humedad era tan penetrante, tan sutil, que los recién llegados la sentían en los huesos. Nevaba. Un viento gélido y rabioso sacudía los árboles. Del cielo nuboso descendía una claridad yerta, cenizosa. El termómetro marcaba cuarenta y cuatro grados Reamur...

Los expatriados, sin embargo, no flaquearon. Incansable, tenaz, imponiéndose al horroroso helor que entumecía sus dedos, Alejandra Lvona ayudaba — pescando en el río — al sustento de los dos; buscaba por los campos leña para su hogar, guisaba y vigilaba maternal la salud, no muy fuerte

de su hombre. Trotsky, por su parte, cuidaba de las hortalizas que había sembrado en un huertecillo, mantenía correspondencia estrecha con sus correligionarios de Moscú y de Viena y escribía artículos. Cuando el corazón es una llama, la nieve no importa.

En aquel villorio dantesco agonizaron durante dos años, y allí les nació su segundo hijo. Después, el gobernador de la provincia, apiadado de ellos, les autorizó a trasladarse a Verkholsk, otro caserío situado un poco más al Sur.

La revolución entretanto continuaba minando calladamente los cimientos del imperio zarista; el espíritu revolucionario invadía el campo y la ciudad y fermentaba en las Universidades semejante a un amanecer. Trotsky lo sabía, y el deseo de evadirse de Siberia para reanudar la lucha no le daba descanso. Empero vacilaba. ¿Cómo abandonar a su mujer? Cómo dejarla desamparada en aquella soledad, sin recursos y con dos hijos, el menor de cuatro meses!...

Fué ella, la indomable Alejandra Lvona, la que, atenta siempre a la alta misión que su compañero debía cumplir, le infundió el valor necesario para romper su unión...

— Vete — le dijo; — no te ocupes de mí...

Y como le viese titubear añadió:

— ¡Es preciso!...

Dos palabras que Trotsky consigna en su libro, y que ahora, después de treinta y cinco años, suenan en nuestros oídos, con el imperio de los hechos que irremisiblemente habían de cumplirse. En aquella

ocasión — una de esas ocasiones cimeras que deciden del rumbo de una vida — Alejandra Lvona tuvo más valor que Trotsky; y éste logró escapar de Siberia, y ella, la mártir obscura, la que, sin lágrimas, hizo voluntaria dejación de su felicidad para que él triunfase, por haberle ayudado a huir, fué condenada a otros seis años de destierro.

León Trotsky se olvida de decirnos cómo era físicamente su mujer. Tampoco hacía falta. Nos la imaginamos alta, flaca, pelirroja, boquiáncha y con una nariz irregular puesta en el rostro de cualquier modo. También nos complacemos en suponerla desgarrada — no empuce su juventud, — mal vestida y caminando a largos trancos, que es como suelen andar los visionarios, los inquietos, los rebeldes, los que buscan... ¡Es igual!... Para nosotros, Alejandra Lvona, aunque fuese conforme la hemos descrito, sería más divertida, más atrayente, más apetecible, y, por supuesto, más capaz de inspirar amor — verdadero amor — que la Venus de Milo.

Este linaje de mujeres escasea en los países latinos; muy señaladamente en España, donde la moda — que es trivialidad y vulgaridad — impersonaliza al individuo. Nuestras mujeres creyendo... ¡todavía!... "que su carrera es el matrimonio", dedican al aliño de su parte física una atención tan excesiva, tan meticulosa, que pica francamente en lo desagradable. De su zona espiritual no se preocupan mayormente; al pobre espíritu que lo parta un rayo. Es su cuerpo lo que, según su moderadísimo comprender, más encanta a los hombres, y a su embellecimiento dedican la máxima actividad. Por eso, cuando van a reunirse con su novio o con su amante, nunca piensan en lo que habrán de decirle para que la entrevista resulte más amena, si no en el traje

y en el peinado que más pueden gustarle.

En una tertulia de mujeres jóvenes, antes que de literatura, de arte, de política o de viajes, se hablará de vestidos y de afeites. La química de tocador y "la línea" entrañan para ellas un interés inagotable. Apenas reunidas, unas a otras se examinan, se detallan, con ojos en los que la expresión predominante suele ser la envidia.

—Te encuentro más delgada...

La aludida, muy contenta, se pasa las manos por el talle, como para comprobar la fidelidad de la observación, y sonríe:

—Sí: he perdido tres kilos. ¿Se nota, verdad?... ¡Qué alegría!... Tú, en cambio, has engordado.

Y luego:

—¿Qué crema usas para la cara?...

La otra vacila. Egoísta, se resiste a declarar su secreto.

—No recuerdo cómo se llama. Me la vende mi peluquero. Es la misma que me pongo en las manos.

—Esta vez te han "ondulado" muy bien.

—Sí, cierto, muy bien. Había pensado tírmame el pelo. ¿Qué opinas?...

—Estarías preciosa. Las rubias gustan mucho.

—Eso dice "él"...

Y la conversación prosigue frívola, insubstancial, huera, sin una emoción, sin un aletazo que la empuje hacia arriba...

De que "ellas" se diviertan así tenemos nosotros la culpa. Las educamos mal; desde niñas las enseñamos a obedecer, las aconsejamos — de acuerdo con el bárbaro adagio "Mula que hace hin y mujer que parla latín, nunca hicieron buen fin" — que no necesitaban cultivar su espíritu ni preocuparse de nada ajeno al arte de agradarnos, y las pobrecitas, ya que el exornarse la cabeza por dentro las estaba vedado, se dedicaron a embellecerse por fuera. Ocupación, indudablemente, mucho más haccedera que la otra.

Si nuestras señoras se adornan demasiado, y nadie sospecharía el tiempo — "el más absoluto de los bienes", según Trotsky — que malgastan en alindarse el rostro y particularmente en arreglarse los cabellos. El deseo de tenerlos rizados las persigue, y para conseguirlo se someten, de noche, al tormento de las tenacillas. Muchas los llevan sobre la nuca distribuidos en largos bucles; otras, sirviéndose de los mechoncillos más cortos, se fabrican pacientemente unos rizos minúsculos, a los que dan la forma del signo ortográfico de la interrogación, para luego pegárselos con goma en las sienes y sobre la frente. Son unos rizos absurdos, momificados, inexpresivos; unos rizos quietos y sin vida, llenos de esa tristeza que irradian los pájaros disecados y las flores de trapo; unos rizos que no vibran y que, por hallarse como clavados en el rostro de su dueña, si los mirásemos mucho tiempo, llegarían a darnos dolor de cabeza...

No dudamos de que alguna vez la cultura pondrá término a estas vacías pampiro-ladas de la moda. Mientras ese día llega, nosotros recondaríamos a nuestras mujercitas que aplicasen a su mundo interior la devoción que a la hora presente consagran al ornato de su semblante: que leyesen más y se maquillasen bastante menos, porque leer es instruirse, y como instruirse es ponerse en condiciones de comprender, el ins-

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **"Selecta"**

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

truido "acompaña" mejor que el ignorante, y así, la mujer capaz de "acompañarnos" en espíritu será la predilecta. El verbo vale más que el rostro; los ojos expresivos derrotan a los grandes, y las bocas, antes que por su delineamiento, son ado-

rables por lo que dicen. La esposa ideal es la activa, la que, a ratos, sabe ser madre, la que no pesa...

Alejandra Lvona, con sus facciones vulgares, podría servir de modelo a muchas mujeres bonitas.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras)

Unas ediciones en que hay que fijarse: las de la SOCIEDAD DE AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE. Con asiento en Montevideo y Buenos Aires. Nos ha remitido los volúmenes X y XI de la serie:

El hombre importante, novela de Alberto Gerchunoff.

Teoría del nous, por Emilio Oribe.

De Amanda Amunátegui:

Velero de tréboles. Poemario. NASCIMENTO. Santiago de Chile. 1935.

Con la autora: Agua Santa 31. Viña del Mar. Chile.

De Arturo Torres Ríoseco:

Mar sin tiempo. Poemas. Ediciones de FÁBULA. México. 1935.

De J. Maguid:

Todos, ahora, contra la guerra. Ediciones NERVIO. Buenos Aires. 1935.

De Emilio Cuervo Márquez:

José Asunción Silva. Su vida, su obra. Editorial DE FAAM. Amsterdam.

Lectura hecha en la Sorbona de París (Anfiteatro Michelet) en la noche del 23 de mayo de 1935, ante selecto y numeroso auditorio.

En las publicaciones ANALECTOS, Montevideo:

Albano Rosell: *Teatro Infantil*.

Piezas en un acto:

Cuando seamos mayores.

El tío Corneja.

Los golosos. (Sainete).

¿Un cuento, abuelito?

Nuestro amigo Guillermo Jiménez (Londres, 26. México, D. F.), nos remite:

Nueva perspectivas en radio. Por Leopoldo Stokowski, Director musical de la Ópera de Filadelfia. Trad. de Carlos Chávez. Ediciones de NÚMERO. México. 1935.

Antonio Cortés: *Hierros forjados*. Colección del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. México. 1935.

Secretaría de Instrucción Pública
Monografías del Museo Nacional.

Mauricio Magdaleno nos remite su libro:

José Luis Mora, el civilizador. Pachuca. 1935.

Semblanza y selección del pensamiento del Reformador.

Nuestro amigo Ventura García Calderón nos remite:

Un Congreso de la Lengua Castellana. París. 1935.

Opiniones—algunas—de: Américo Castro, Miguel de Unamuno, César Zumeta, Pedro Emilio Coll, Capdevila, R. Giusti, Madariaga.

TABLERO DE BOLIVIA. Envío de F. Díez de Medina, La Paz:

NOVELA: *Oscar Cerruto* publica en ERICILLA de Santiago *Aluvión de Fuego*, magistral libro sobre la guerra del Chaco, de aguda crítica social, rico estilo y densa movilidad de ideas.

Eduardo Anze Matienzo es autor de *El martirio de un civilizado*, otra buena novela sobre la guerra del Chaco.

CUENTO: *Gastón B. Pacheco*, potosino, publica su primer libro *Cuentos chaqueños*, de fuerte intensidad episódica.

Porfirio Díez Machicao anuncia un vigoroso tomo de cuentos.

ENSAYO: *El velero matinal* de *Fernando Díez de Medina* obtiene el primer premio de ENSAYOS de la Revista Americana de Buenos Aires, por 1935.

Federico Avila y Avila edita: *El andinismo del Chaco* y otros ensayos de vivo interés.

Se anuncia varias obras de narraciones sobre la guerra del Chaco, ensayos históricos y crítica. La intelectualidad boliviana, de postguerra, trabaja intensamente en el doble aspecto político-social e intelectual.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

6.—Libertad, democracia y paz.

Al confiar a la zona neutral del mundo el porvenir de la paz, mediante la gestión de la "soberanía moral y judicial" de la humanidad, Alberdi da por sentado que esta zona neutral es inasequible a la peste de la guerra. Así lo es por definición. Pero no se trata aquí de una disquisición nominalista entre lo que está en paz y lo que está en guerra en un momento dado, sino de la posibilidad de ir desarrollando en el mundo una zona creciente de Estados inmunes contra la peste bélica. Sin esta presuposición, toda la teoría neutralista de Alberdi—admirable en sí—se viene abajo.

¿Por qué, pues, postula Alberdi que la neutralidad, que al fin y al cabo es una abstracción, una palabra que describe un estado de ánimo sin especiales condiciones de tiempo y lugar, ha de terminar con la guerra mediante la opinión? ¿Quién le garantiza que el hoy neutral no será mañana beligerante, o, en su nomenclatura, el hoy juez, mañana asesino? A todas estas preguntas, la clave está en las siguientes palabras de Alberdi:

"La neutralidad no sólo tiende a gobernar el mundo internacional, sino que penetra en el corazón de cada Estado, bajo la égida de la libertad de pensar, de opinar y de escribir".

Para Alberdi, la libertad es la garantía del progreso moral de los pueblos, no sólo en el interior sino en el exterior. Comencemos por observar que, en este terreno, hombre de su tiempo, Alberdi se halla más influido por el optimismo liberal-democrático que nosotros, con más larga y triste experiencia que él. Sin que esto quiera decir que fuese ciego ante ciertos hechos poco estimulantes para su entusiasmo liberal. Fiel a su manera impresionista, nos confía pensamientos no siempre armonizables sin un esfuerzo de ajuste. Así, por ejemplo, afirma que "cuando una reunión se compone de gentes bien educadas, el orden se conserva sin ninguna especie de autoridad; cuando se compone de todo el mundo, la cosa es diferente", afirmación singular para un demócrata, pero más singular todavía, si se considera que Alberdi pasa a utilizarla metafóricamente preguntándose si "la armonía entre las naciones será la misma cuando la sociedad se componga de esos seres bien educados que se llaman gobiernos monárquicos, que cuando se formen indistintamente de todo el mundo sin distinción de rango ni de educación".

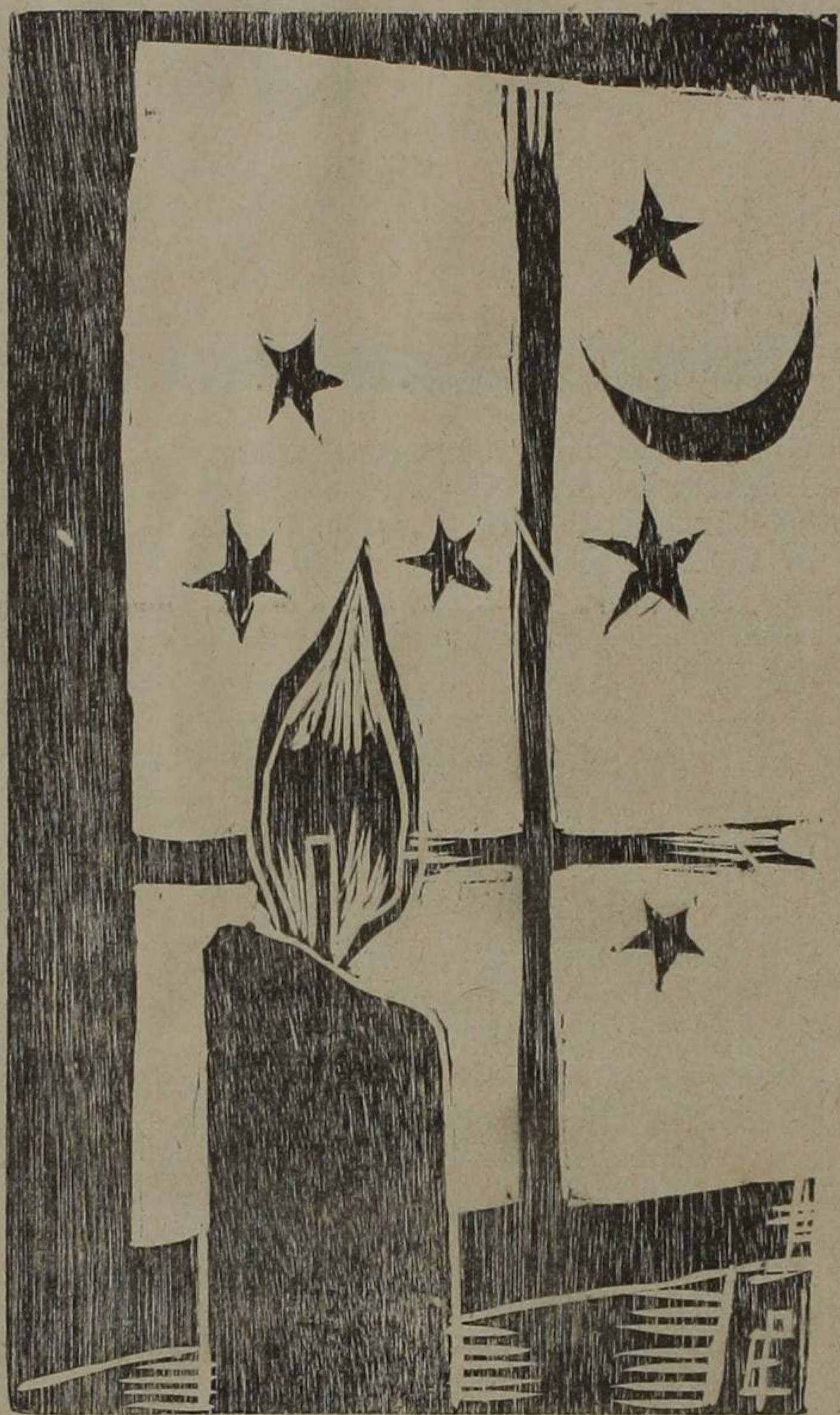
Extraño es que espíritu tan profundo y sagaz dé tanta importancia a la forma monárquica

Alberdi precursor

Por SALVADOR DE MADARIAGA

= De Sur No. 10. — Buenos Aires. Rep. Arg. =

(3.—Véanse las entregas 5 y 6 del tomo en curso)



...su candela no se apagó de noche.—Proverbios 31-18

Madera de Emilia Prieto

dentro de su sistema de ideas internacionales, pero más todavía que, al referirse a los Estados Unidos como nación "rodeada de pueblos monárquicos", parezca conceder calidad de tales al Canadá y a México que aun en su época, sólo al ser más formalista podrían parecer monarquías. Bien es verdad que recobra su cautela cuando posa la mirada sobre las "democracias de la América del Sud" de las que dice "no han repetido al pie de la letra el cuadro pacífico de una sociedad privada compuesta de caballeros bien educados". Pero, pese a esta cautela, toda esta parte de la ideología alberdiana se resiente de cierta superficialidad debida a la inexperiencia de quien al hablar de democracia-liberal hablaba más de un sueño futuro que de una realidad vivida. "A medida que los pueblos se pertenezcan a sí mismos, es decir, se gobiernen por sí, serán libres, irán menos a la guerra. Ejemplos: Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, etc."

Alberdi no ha examinado el pro-

blema. Consta en realidad de dos partes que conviene separar si ha de quedar resuelto con claridad. Primero, ha menester dilucidar si los pueblos que se gobiernan a sí mismos saben siempre guardarse contra la tendencia de sus clases directoras a engañarles, ya con buenas, ya con malas intenciones; y después será hora de discutir si, aun suponiendo al pueblo libre perfectamente informado, no es capaz, como tal persona humana colectiva, de hacer el mal donde debiera hacer el bien.

Ya se echa de ver la gravedad de ambos temas. El primero adquiere hoy capital importancia desde que las clases directoras pueden ejercer sobre el pueblo poderes antaño fabulosos de su gestión, por la radio-difusión y la cinematografía. Pero aun en tiempos de Alberdi, existía ya, y ya agudo, el problema capital de las democracias:—el de la prensa. "Denme un punto de apoyo, y moveré al mundo", decía Aristóteles. "Denme el dominio de la

prensa de dos naciones, y haré una guerra entre ambas", puede hoy decir cualquier persona de fácil ingenio, audacia e imaginación. Si, gracias a dinastías de familias respetables e ilustres, los Walter de Londres, los Ochs de Nueva York, los Mitre y los Paz de Buenos Aires, cuenta la prensa mundial con media docena de órganos de opinión limpios e imparciales, ¿quién no conoce el mal que han hecho al mundo y siguen haciéndole otras "dinastías" no menos conocidas, por desgracia para todos nosotros? Alberdi conserva la razón aun así, en tanto en cuanto la supresión de la libertad de la prensa no es remedio a estos males, pero, si en lo negativo sigue certero, en lo positivo, le faltó cautela. No. No basta que un pueblo sea teóricamente libre para ponerlo al abrigo de campañas que inflamen sus pasiones bélicas y lo lleven a cometer "el crimen de la guerra".

Pero donde el optimismo de Alberdi habría de soportar la más ruda prueba es en el examen del segundo problema, el más importante y esencial de los dos. ¿Es que, en realidad, los pueblos libres y conscientes, son inasequibles al afán bélico, a la ambición de conquista? Permítaseme a guisa de entremés, un recuerdo personal. Estamos en casa de un gran banquero neoyorkino. Hay hasta dos docenas de personas, todas, con perspectivas diversas, dadas al cultivo de la política internacional. Unico extranjero, el que esto firma. Se discute precisamente el tema: ¿Son las democracias garantías de paz? Me permito afirmar que no, ya que todo el mundo conoce grandes democracias que se han distinguido por su expansividad territorial y económica con métodos de franca o solapada violencia. La masa de los oyentes se declara conforme. Dos convidados (es la hora del café y los habanos) intentan acosarme para hacerme declarar de qué democracia se trata. Me resisto a dar ejemplos, por razones que el lector imagina. Se insiste. Me cierro. Hasta que uno de los **neutrales** alude a la entonces guerra de Nicaragua, y a los guardamarinas que por aquellas tierras andaban matando y muriendo no se sabía por qué. Mi contrincante exclama: "Pero eso es una expedición sin importancia". Y yo, ya con vía libre, comento: "Me recuerda usted el cuento de la inglesa que al regreso de su marido tras largos años de ausencia, le presenta un niño de pocos meses, y ante la cólera de él, exclama para aplacarlo: **¡Pero si es tan chiquito!**"

No. Aquí tampoco ha ido bastante hondo, Alberdi. Los pueblos hechos de hombres al fin, tienen los defectos de los hombres.

Son vastos mares de vida en que es relativamente fácil hacer surgir potentes mareas, y aun tempestades. La libertad y la democracia no son garantías de sentido común y de paz. A lo sumo, puede decirse que representan ciertas ventajas sobre los regímenes antiliberales. Y estas ventajas, que Alberdi pudo haber alegado en beneficio de su tesis, son de dos órdenes: permiten por la libre discusión que las causas de la guerra proyectada se ventilen ante la opinión nacional, y, a favor de esta libertad, que la opinión internacional y "neutra" ejerza su bienhechora influencia sobre la nación en vísperas de extrañarse; y por otra parte, gracias a las garantías de gestión que las democracias exigen de sus gobiernos, obligan a una mayor publicidad sobre los preparativos de guerra. Tan importantes son estas dos consideraciones que no es aventurado afirmar para la Sociedad de Naciones un porvenir de eficacia proporcional al número y poder de las naciones asociadas que se gobiernen por procedimientos liberales. A medida que progresa el sistema dictatorial, que siempre implica dominio oficial de la prensa y secreto de Estado, disminuye la eficacia del sistema internacional de paz.

Pero apenas queda consignada una reserva sobre el pensamiento de Alberdi, el mismo Alberdi nos obliga a nuestra vez a una contrareserva en su favor. ¿Que no ha visto Alberdi con verdadera profundidad el problema de las relaciones entre la libertad y la paz? Veámoslo más de cerca, porque de este examen va a salir victorioso Alberdi, pero el Alberdi ibérico. El párrafo antes citado, el que ha inspirado nuestras críticas, emana de un Alberdi economista, práctico, que pretende explicar las cosas del espíritu con arreglo al egoísmo ilustrado del *homo oeconomicus*. El párrafo empieza así: "El día que la contribución de sangre se vote por el pueblo que la paga, su presupuesto de efusión, es decir, la guerra, será más rara". Aquí, como hemos visto, Alberdi se equivoca. La guerra es espíritu, y no se rige por las leyes de la economía. Pero hay otro Alberdi, el de verdad. Y ¿qué nos dice?: "La paz es una educación, como la libertad. Y las condiciones del hombre de paz son las mismas que las del hombre de libertad". "Formad el hombre de paz, si queréis ver reinar la paz entre los hombres. La paz, como la libertad, como la autoridad, como la ley y toda institución humana, vive en el hombre y no en los textos escritos".

7.—La sociedad mundo

Alejémonos un poco, para intentar una vista de conjunto del te-

ma y de la solución que aporta nuestro Alberdi. La Liga Internacional le propone en suma el estudio de la guerra como crimen. Pudo haber analizado el tema jurídicamente y, como hubieran hecho la mayoría de los juristas, pudo haber salido honrosamente (?) del paso dando una forma objetiva y técnica a las tendencias y conveniencias nacionales latentes en su ser, presentando un trabajo de los que llaman "documentados" y "luminosos", todo erizado de **peros, sin embargos y no obstante**. Pero no. Sobre su alma generosa y sobre su imaginación integral y universal de ibero, al choque de las dos ideas **crimen-guerra**, brotan llamaradas de luz intelectual que hacen surgir ante él con toda su perspectiva histórica una visión integral y definitiva.

Así cobran todo su sentido volcánico esas espléndidas expresiones sintéticas en que nos transmite instantáneamente su visión sin necesidad de desarrollos lógicos: **Pueblo-Mundo; Sociedad-Mundo; Nación Universal; soberanía moral**. (Obsérvese de pasada la resonancia ibérica entre el Pueblo-Mundo de Alberdi y el Diabolo-Mundo de Espronceda). En cuanto a la espontaneidad de este brote de visión, aunque nos faltase la prueba elocuente del estilo—esas expresiones que parecen explosiones del pensamiento—nos bastaría el detalle significativo de que la solución integral, definitiva, resumida en un potente sílogismo que en una docena de líneas condensa todo un ensayo, aparece escrita con mano impaciente sobre la misma cuartilla del prospecto de la Liga Internacional, que es por decirlo así el objeto material que pone en movimiento su imaginación. El proceso intuitivo está, pues, bien claro. Alberdi se adueña de la conclusión de un golpe. No va a ella. Se encuentra en ella desde el principio.

Todo el resto es ajuste entre el hoy observado y el mañana intuido; plan de transición, escala de Jacob, línea evolutiva. En la descripción de estas fases, desde la actual hasta la definitiva, Alberdi revela esa sagacidad, ese sentido común afilado por la inteligencia que le había servido para tallar en la materia prima nacional sus famosas Bases para la Constitución. Quizá sea la parte más penetrante y original de este estudio aquella en que Alberdi señala que la Sociedad-Mundo existe ya, si bien más o menos imperfecta. Esta existencia se desprende del hecho sencillísimo de que la convivencia inter-individual sobrepasa las fronteras. Relaciones de negocios, de familia, de placer, de conocimiento científico o literario, se establecen de hombre a hombre a través

montes y mares y sin ninguna consideración para con la idea del Estado. La importancia de este hecho banal y de todos conocido es enorme en Derecho Internacional. A Alberdi corresponde el mérito de haberlo apuntado en su lugar dentro del sistema de ideas que sugiere el orden internacional frente a la anarquía de la guerra.

En un estudio reciente hecho por el profesor Georges Scelle para el **New Commonwealth Institute** de Londres, señala el autor que si no nos damos cuenta más clara de lo avanzada que se halla en la realidad la evolución del Estado Internacional, es porque muchas de las funciones internacionales se ejercen por los Estados nacionales, haciendo por lo tanto figura de autoridades delegadas de un Estado Internacional hipotético. Así es en efecto. Todas las funciones que implica la aplicación del Derecho Internacional Privado dentro de cada territorio nacional, son intrínsecamente funciones de Estado Internacional, que por ausencia de la autoridad internacional, asume la autoridad nacional más próxima. Alberdi se ha dado plena cuenta de este interesante aspecto de la cuestión. "Las personas favoritas del derecho internacional son los Estados; pero como éstos se componen de hombres la persona del hombre no es extraña al derecho internacional". "Son miembros de la humanidad, como sociedad, no solamente los Estados, sino los individuos de que los Estados se componen".

Vemos apuntar aquí una de las características más acusadamente ibéricas de Alberdi—su insistencia en el hombre individual.—Tiene esta insistencia cierto carácter casi apasionado (no está lejos don Miguel de Unamuno), como se revela en el crescendo de los dos párrafos arriba copiados, el primero observación tímida de que el hombre "también" existe en derecho internacional, el segundo ya más agresivo, para llegar a este tercer párrafo donde el individuo, el **hombre** acaba por apoderarse del primer lugar: "En último análisis el hombre individual es la unidad elemental de toda asociación humana; y todo, derecho, por colectivo y general que sea, se resuelve en último término en un derecho del hombre". Página llena de interés psicológico, en la que vemos emerger el pensamiento de Alberdi, desde la fórmula objetiva y consagrada de que el derecho internacional es cosa de Estados hasta la valiente afirmación de que es cosa del individuo. Aquí surgen juntas a nuestros ojos dos facultades ibéricas—una de procedimiento, la improvisación espontánea; otra de fondo; el individualismo y el sentido de hombre.

Esta afirmación individualista lleva a Alberdi, como ha llevado a todos los ibéricos que de estas cuestiones se han ocupado, a proclamar el derecho del individuo a alzarse contra el propio Gobierno apelando a la Sociedad-Mundo. "Cuando uno o muchos individuos de un Estado son atropellados en sus derechos internacionales, es decir, de miembros de la sociedad de la humanidad, aunque sea por el gobierno de su país, ellos pueden, invocando el derecho internacional, pedir al mundo que lo haga respetar en sus personas, aunque sea contra el Gobierno de su país". Y mientras, en páginas precedentes, pensando sin duda en los abusos a que ha dado lugar la intervención armada de Estado a Estado, aun cuando, como con frecuencia sucede, se hacen valer en su favor tópicos inspirados en el derecho internacional, se eleva contra ella, más por espíritu práctico y desengañado que en virtud de una teoría política que quizá se la hiciera simpática, aquí Alberdi afirma el derecho de intervención "del mundo", por ejemplo, para abolir la esclavitud, y en su día para proteger a "la víctima de la tiranía de los gobiernos criminales". En nuestra opinión, cabe ir más lejos. La evolución orgánica de la humanidad consciente y constituida para la defensa de la paz internacional no será completa hasta que se reconozca en teoría y se organice en la práctica, el derecho de la Sociedad-Mundo a intervenir siempre que en un país cualquiera se establezca una forma de gobierno que por sus caracteres intrínsecos pueda considerarse como un peligro para la paz internacional.

La afirmación del hombre como sujeto de derecho internacional es de una gran importancia. Con excesiva frecuencia se viene afirmando aún por internacionalistas avanzados, que la estructura jurídica universal ha de ajustarse a una jerarquía de tres órdenes; Sociedades de Naciones; Naciones; Nacionales. La supeditación del nacional a esta jerarquía se observa hoy en casos como la limitación de la competencia del Tribunal de la Haya a los litigios entre Estados, aunque algún progreso se ha hecho en admitir la comunicación directa entre individuos o asociaciones y la Sociedad de las Naciones en materia de mandatos y de minorías. Pero, así como el ciudadano de un municipio es también de la nación, así es menester afirmar que el ciudadano de la nación lo es también de la Sociedad-Mundo. Alberdi ha visto esta idea con su acostumbrada acuidad. "El principio natural que ha creado cada nación es el mismo que hará nacer y formarse esa última y suprema nación compuesta de na-

ciones que es el corolario, complemento y garantía del edificio de cada nación, como el de cada nación lo es de sus provincias, departamentos, comunas, familias y ciudades". "Cada hombre hoy mismo tiene varias patrias que lejos de contradecirse se apoyan y sostienen. Desde luego, la provincia o localidad de su nacimiento o de su domicilio; después

la Nación de que la provincia es parte integrante; después el continente en que está la nación, y por fin el mundo de que el Continente es parte".

Como se ve, Alberdi parte del hecho de que esta Sociedad-Mundo existe ya. Sus pruebas preferidas proceden del sentido del individuo como sujeto de derecho internacional. Así, observa que

"la relación jurídica y social de un francés respecto de un inglés", no es "la del hombre en el estado de pura naturaleza" ya que "están ligados por un cuerpo tan numeroso de principios, de intereses, de costumbres y leyes que forman todo un código; o lo que es lo mismo, todo un orden político y social capaz de ser considerado como un cuerpo compues-

to de dos cuerpos". En este y otros pasajes, Alberdi pone buen cuidado en asentar el pie en la realidad presente, a fin de que su viaje hacia su visión sintética de la Sociedad-Mundo no sea una vana excursión a la Utopía, sino una descripción de la ruta evolutiva hacia la realidad de mañana.

(Concluirá en la entrega próxima)

PREPARATIVOS ELECTORALES

En busca de la opinión pública

Por JOSE CASTILLEJO

= De El Sol.—Madrid. Diciembre 1.º de 1935 =

Se aproximan las elecciones; momento único en las democracias modernas para que el pueblo deje oír su voz en manera solemne y decisiva. Esa voz es, por su intención, un mandato, una expresión de voluntad. Y esta voluntad es la compleja síntesis de una serie de factores psicológicos y externos. En concentración monosilábica, lleva en sus entrañas odio o justicia, egoísmo materialista o generosidad ideal, pasión o indiferencia, medida o desenfreno, miedo o serenidad.

De ese extracto de voluntad dependen en buena parte el porvenir de nuestros hijos, la orientación de nuestra vida, el bienestar público, el verdor de las cosechas en nuestros campos, el fuego de los hogares, el zumbido de colmena de las fábricas, la libre circulación por nuestros caminos y la función augusta de nuestros Tribunales.

Y con todo, no se ha acertado a descubrir en qué consiste la conciencia del pueblo, cuál es el modo adecuado de recogerla ni qué papel juega en los rumbos definitivos de la vida nacional.

En las antiguas democracias, la plaza de la ciudad podía contener a los ciudadanos. No había sino escucharlos y computar sus opiniones sobre cada asunto, o prestar oído al rumor de sus pasiones para ponerse a salvo al sentir próxima la tempestad de su ira.

Después ha sido necesario acudir al recuento en frío y a distancia de votos de gentes que no conocen los problemas ni se conocen entre sí, caldeadas por climas diversos y viviendo en situaciones dispares. ¿Quién sería capaz de sumar esos factores heterogéneos, ni qué significado tendría el producto?

Rousseau percibió que la "voluntad general" no es lo mismo que la "voluntad de todos"; pero no nos dió la receta para encontrar aquélla. Los románticos de hace un siglo (Savigni, Puchta) creyeron descubrir en el pueblo una alma o elemento espiritual complejo que de unidad a la vida de cada grupo humano, y amasando el presente con el pasado, ni más ni menos que el individuo, arrastra por la historia su carga de tradiciones y florece en arte, en costumbres, en derecho y en política peculiares. Pero esta concepción profunda y orgánica no nos dió tampoco la llave del arcano. Al contrario, dejó la voluntad popular envuelta en penumbra, que sólo aclaran, casi siempre demasiado tarde, algunos espíritus sagaces.

¿Tendremos que buscarla, para apremiantes fines prácticos, en las encrucijadas donde se encuentran los campesinos al regreso diario de sus rudas faenas; o en los cafés, donde desembocan los obreros de las fábricas; o en los templos, refugio de las almas dolientes; o en los círculos, donde pasean su aburrimiento los señoritos; o en las sedes de

los partidos, que son seminarios de caciques? ¿No sería más sencillo preguntar directamente al pueblo y darle ocasión de decirnos de modo inequívoco lo que piensa y lo que quiere?

Los políticos que andan en busca de opinión pública, sea para obedecerla, sea para cabalgar sobre ella, podrían multiplicar las reuniones de grandes masas, no con el propósito de que escuchen sus arengas, de antemano conocidas y siempre iguales, como sermones de Cuaresma, sino para invitar al público a que hable y discuta, a fin de medir, en interpretación dinámica y viviente, el peso del número, la fuerza de las razones y la motivación causal de los pareceres. Oiríamos entonces lo que en realidad ha llegado a los ciudadanos de las reformas sociales, agrarias, tributarias o pedagógicas, el bienestar que han ganado o la abnegación con que lo han perdido en nombre de ideales más altos.

Esto se hace en Inglaterra, donde el ciudadano consideraría humillante asistir a un mitin en que se va a tratar de sus destinos, condenado a escuchar y sin que se le permita exteriorizar sus ideas y discutir las ajenas. Pero es que en Inglaterra, país de médula democrática, hay un sincero interés en pulsar la opinión, favorable o adversa, como el del navegante en conocer los vientos. No se pierde ocasión para ello. En cuanto hay una vacante en el Parlamento, la elección parcial registra las últimas oscilaciones de las masas.

Por otra parte, una crítica, por dura que sea, va allí envuelta en cortesía y respeto, que son el ropaje de la libertad, y no se recibe como ofensa, ni el político la guarda como eje de sus venganzas. Celoso de su indepen-

dencia, sabe el inglés que quien se incomoda la pierde y queda a merced de excitaciones ajenas.

En los países donde no se dan esas condiciones, el político no dispone más que de dos caminos. Uno, análogo al del médico que explora al enfermo y escucha sus lamentos, no para creer cuanto dice, sino para reconstituir un estado de que el paciente mismo no se da a veces cuenta.

Pero para esta exploración del cuerpo social, que ha de recoger los quejidos del obrero pidiendo más jornal y menor jornada; del patrono que se arruina, del industrial que no vende, del profesional en paro forzoso, del contribuyente que paga al fin todas las cuentas y del ciudadano que peregrina por las oficinas, repletos los bolsillos de recomendaciones y otros estímulos más insinuantes; para conocer el estado de las haciendas, la prosperidad de los negocios, el fermento de las doctrinas, los vicios de la Administración, los atropellos del Poder, los conflictos sociales y el estado de ánimo de las masas, serían indispensables serios estudios de observación y estadística, interpretaciones científicamente sólidas y conclusiones de complejidad tan entrecruzada como la vida misma. ¿Qué político puede presentarnos esos estudios ni qué fe merecerán en muchos casos las observaciones, que, como ramillete de adulación, le ofrendan sus secuaces más próximos, puestos los ojos en la esperanza de un cargo?

Cerrado el camino del conocimiento y publicidad de los hechos que sirven de base a cada partido para su interpretación de la voluntad nacional, no queda al político otra salida que la de acogerse a su preeminencia de vidente y sacerdote. Interpretando signos misteriosos, como el vuelo de los pájaros o las entrañas de las víctimas que servían a los augures romanos para explorar el talante de los dioses, avanzará al próscenio y declarará que conoce las dolencias del cuerpo social y dispone de remedios para ellas; que ha escrutado la opinión pública y se conceptúa su mandatario. Su lenguaje será, como el de los oráculos, tan contundente como reservado, misterioso y ambiguo. La sencilla claridad, la precisión y el detalle conducirían al desencanto, o, peor aun, al ridículo, que es la catástrofe de los profetas.

Y así se entra en las elecciones, donde no hay ya más que contar votos y ganarlos a toda costa. No puede decirse que se haya escamoteado la voluntad nacional, sino solamente que constituye en pueblos que no saben escuchar ni quieren ser escuchados, un misterio impenetrable para quienes no estén iniciados en las artes de la magia.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

Una dádiva de la civilización

Las dictaduras americanas suelen tener grandes defensores en ciertos países ultramarinos.—(*El Tiempo*, diciembre 19).

Por B. SANIN CANO

— De *El Tiempo*, Bogotá, Rep. de Colombia —

En las notas periodísticas relativas a la muerte de Juan Vicente Gómez, entre las cuales destaca por su imparcialidad y elegancia de forma la de "El Tiempo" en su editorial del jueves, se ha omitido, con excepción de las líneas citadas, hacer presente que la exaltación de ese hombre a la presidencia de Venezuela y su perpetuación en el mando fué una dádiva no precisamente gratuita, pero muy cordial e intencionada de las naciones supercivilizadas de Europa y América a esta parte desamparada y medio inculta que habitamos, con el nombre vago de América latina. La táctica no es nueva. Porfirio Díaz duró en el mando hasta el día en que perdió el favor de Washington. Importa no olvidar que por su situación geográfica y por la constitución del suelo es Venezuela uno de los países más favorecidos de América y del orbe entero. Solamente Francia la rivaliza, y sin embargo Francia no tiene oro, ni petróleo, ni frutos del trópico. Se dice que si se arrasara el suelo francés cultivado sin dejar un animal ni una planta, al cabo de ocho años los cuarenta millones de habitantes por medio del trabajo al cual están orgánicamente acostumbrados, serían tan ricos como antes del arrasamiento. De Venezuela podría decirse otro tanto, con la diferencia de que el esfuerzo requerido sería mucho menor, porque la naturaleza es allí más dadivosa y el hombre a causa del clima menos diligente.

La riqueza del suelo y la indolencia natural de las mezclas de razas en el trópico llaman naturalmente al hombre y al capital extranjeros a tan privilegiada comarca. Y ocurrió que al llegar Cipriano Castro al poder halló que riquezas considerables de Venezuela estaban en manos de extranjeros y que a más de eso los gobiernos anteriores al suyo habían ligado a Venezuela con pactos leoninos al capital y a la codicia extranjeros. Había un contrato con la compañía francesa de cable que por las meras condiciones del precio de transmisión por palabra paraliza en su curso las corrientes eléctricas. En tiempo de Castro no había empezado aún la lucha universal por el petróleo, pero ya los talentos previsores de New York habían formado la Bermúdez Company para adueñarse del "asfalto" venezolano.

De más de esto, extranjeros y nacionales (como en Colombia antes de ahora) forjaban revoluciones por diversas causas y nacionales y extranjeros (como en Colombia), presentaban al terminar las hostilidades, suculentas reclamaciones por perjuicios sufridos durante la guerra. En tiempo de Castro las reclamaciones apoyadas por Washington ascendían a un millón setecientos cincuenta mil dólares, que por una decisión de árbitros se redujo a trescientos cincuenta mil pesos, justamente la quinta parte.

Castro hizo de su política exterior un empeño para defenderse de tales exacciones y reformar aquellos contratos. Respondía a las amenazas con el desdén y en 1902 y 1903 resistió el bloqueo de siete potencias dispuestas a todo si no les pagaban inmediatamente. Castro, con todo Venezuela a su lado, persistió en su temeraria actitud, y el incidente aca-

bó porque las reclamaciones fueron sometidas a la decisión de árbitros. La proporción entre lo que pedía Washington y lo que re-

Las dictaduras son el régimen ideal para las factorías

— De *El Tiempo*, Bogotá, 19 de diciembre de 1935. Fragmento de la Nota editorial: *El General Gómez y su régimen* —

¿Pero podrá nunca decirse, o pensarse, que gobernantes del tipo del general Gómez pueden ser los que hagan la grandeza de los pueblos americanos, los que ellos necesitan para civilizarse y realizar sus destinos? ¿Podrá aceptarse la doctrina del hombre necesario, del buen tirano, del cesarismo democrático? Nunca la hemos admitido, nunca rendimos palio al régimen que el general Gómez presidiera con tanta dureza y fortuna, y no podríamos hoy callar nuestros votos porque la república hermana, alojados los lazos de la dictadura imperante, se oriente por caminos de libertad, de democracia, de justicia para todos.

Las dictaduras americanas suelen tener grandes defensores en ciertos países ultramarinos. Esas dictaduras dan no sólo garantías sino privilegios al trabajo extranjero; facilitan las concesiones; manteniendo inexorablemente el orden, permiten la tranquila explotación de las riquezas naturales. ¿Qué pueden importar a esos extranjeros la vida civil, las libertades, las ambiciones y anhelos de un pueblo que se siente esclavo en su tierra? Las dictaduras son el régimen ideal para las factorías, pero en ellas se asfixia el espíritu, se deprime el carácter y se mustia esa cosa impalpable, y que en definitiva es la única importante, que se llama alma nacional, agobiada por todas las desventuras y todos los males de la prisión, del silencio forzado, de la falta de libertades y de derechos. Régimen funesto para América, que necesita más que de riquezas de hombres, más que de maquinaria extranjera de ideas propias, más que de un orden impuesto por la tiranía de una actividad fecunda al amparo de la libertad democrática. Mucho se ha hablado de los males de la América convulsiva: peor que su estruendo trágico nos parece un silencio medroso, impuesto por los machetes de los caudillos, y preñado de futuras catástrofes.

¿Reconocerá la historia que la dictadura de los treinta y seis años, la que empezó con el siglo y hoy hace crisis con la muerte de su formidable exponente, ha sido benéfica para Venezuela, provechosa para su progreso y su cultura, digna de lo que la tierra gloriosa de Bolívar y de Sucre necesita y merece? No lo creemos. Progresos ha habido, seguramente, Pero no los que era lícito esperar, ni los que había derecho a exigir. Ni en lo material ni en lo moral, el balance de la dictadura, tomados en cuenta todos los necesarios factores, puede declararse favorable. Es muy de temerse que la doliente historia de castillos y cárceles de Venezuela en este siglo, eclipsará la historia de los éxitos y progresos obtenidos; la paz silenciosa no compensará la abolición de todas las libertades. La experiencia está hecha, y el resultado no aconseja su repetición.

conocieron los árbitros, da idea de la justicia general de las peticiones.

Una vislumbre de los procedimientos usados para lograr concesiones antes de Castro, nos la da el incidente relativo a la compañía del cable. El presidente de Venezuela se negaba a reconocer ese tratado y alegaba que la compañía había subvencionado a sus enemigos para que le hicieran la guerra armada. Un día el ministro francés fué a pedir pasaporte para la Guayra, con el objeto, según dijo de ir a recibir su correspondencia diplomática, pues sabía que era violada la valija. Castro hizo extender el pasaporte y el ministro fué a la Guayra, pasó a bordo del buque y recibió su correspondencia. Al desembarcar con su valija, le negaron las autoridades el permiso de entrar a tierra venezolana, porque, decía la orden de Castro, al señor ministro no debe agraderle residir en un país donde se viola la correspondencia diplomática. Siguieron las disputas con el encargado de negocios sobre el tratado con la compañía del cable. Castro publicó los documentos, entre ellos un cheque que probaba la complicidad con los revolucionarios. Fué llamado a París el encargado de negocios, quien, después de una conversación de varias horas con el ministro de relaciones exteriores en París, volvió a su hotel y se quitó los años de vida que le restaban.

Sería largo referir los manejos de la Bermúdez C^o. Baste decir que Loomis, secretario de la legación saxoamericana en Caracas, era uno de los jóvenes de su tierra a quien sus talentos, sus influencias y su familia le auguraban una carrera política de las más brillantes. Hubo publicación de documentos como en el caso de Francia. Loomis volvió a su país y desapareció por completo de la escena pública.

Un día Castro enfermó y se vió precisado a ir a Alemania en solicitud de los servicios de un cirujano. Dejó a Juan Vicente Gómez encargado del mando. Juan Vicente fué desde ese instante el favorito de la diplomacia de Washington y de los países europeos. Desconoció a Castro, y tuvo el apoyo de todas las cancillerías. Cuando Castro quiso regresar, le negaron el paso por todas partes en las Antillas. Se decía, tal vez erradamente, que Gómez no resistiría muchos días la acometida de Castro si le hubieran permitido el desembarco en tierras de Venezuela. No se lo permitieron, y Juan Vicente asentó su poder con el auxilio, la complacencia y el aplauso de los poderes europeos y de Washington, mediante ilimitadas condescendencias con los insaciables cazadores de concesiones. Esta complacencia y los aplausos constan en notas diplomáticas y publicaciones oficiales de Europa y América, de modo que en los hechos y gestas de quien fué presidente de Venezuela durante veintisiete años; en el régimen cuya terminación se anuncia en toda el haz del país con gritos de júbilo y con sollozos de renaciente esperanza, las naciones supercivilizadas de Europa y los gobiernos intercalares y mejor informados de Washington, tienen, por lo menos, tanta responsabilidad como el difunto Juan Vicente, que baja a la tumba entre los clamores inequívocos de su pueblo, después de haberles entregado a los extranjeros cuanto exigían anhelosos para continuar prestándole su apoyo y otorgándole sus merecidos aplausos.

Los "Ejercicios" de San Ignacio y el Renacimiento

Por MANUEL DE MONTOLIU

= De La Prensa. — Buenos Aires, Rep. Arg. =

Con razón coloca Pfandl el punto de arranque de la literatura ascética y mística de la Edad de Oro en lo que tienen de más genuinamente español, en el memorable libro de San Ignacio de Loyola, tan pequeño por su extensión como grande por su influencia y su eficacia. Para Pfandl, los "Ejercicios" de San Ignacio deciden ya por sí solos afirmativamente la interesante cuestión a la que nos referíamos en un artículo anterior: ¿participó España de una manera activa en el Renacimiento? Los "Ejercicios" vienen a ser el eje de la brillante demostración del carácter plenamente renacentista del siglo XVI español, que el eminente hispanista desarrolla en la primera parte de su libro, dedicada al período que él bautiza con el título de Renacimiento tardío ("Spätrenaissance"). Vamos a resumir los comentarios históricoliterarios que le sugieren los "Ejercicios" de San Ignacio; sólo nos permitiremos ordenarlos sistemáticamente e ilustrarlos con consideraciones de nuestra propia cosecha.

De la interpretación concienzuda que hace Pfandl de los "Ejercicios" resulta claramente que señalan una división muy neta y definida entre la ascética medieval y la de la Edad Moderna. Esta división está señalada por las notas siguientes:

En los "Ejercicios" hallamos una interesante vivificación cristiana en la filosofía moral de los griegos. Platón había circunscrito el ideal de perfección de los filósofos en el círculo de cuatro virtudes: "sofia" (la sabiduría), "sophrosyne" (dominio de sí mismo), "dikaiosyne" (rectitud) y "andreia" (valor). San Ignacio exalta estas mismas virtudes en sentido cristiano. Para él la sabiduría es la liberación de la voluntad de la esclavitud de las pasiones y su exclusiva obediencia a los dictados del entendimiento. El dominio de sí mismo significa para él aquella indiferencia del espíritu que no reconoce a las cosas ningún valor sino en cuanto le sirvan para alcanzar el fin para el que ha sido creado. La rectitud la hace consistir en la plenitud de la perfección cristiana. El valor consiste, para él, no sólo en la prontitud del alma para trabajar por el reinado de Cristo y en el reconocimiento del último fin de la vida humana, sino también en la renuncia a la contemplación quietista, en la plena aceptación de una acción incesante. La finalidad de los "Ejercicios" es, ante todo, religiosa; pero los medios para alcanzar esta finalidad, el método propuesto en ellos es puro arte, puro espíritu renacentista. Los antiguos grie-



San Ignacio dando la comunión

Madera de Max Jiménez

gos entendían bajo la palabra "askesis" toda clase de ejercicios corporales o espirituales con los que se educaba al hombre para un fin determinado. La escuela ascética de San Ignacio hizo revivir esta idea y produjo un fruto no sólo religioso, sino también secular de carácter individualista, esto es, un fruto legítimo del Renacimiento.

Aspecto activista de los "Ejercicios".— En realidad, la ascética española, que de ellos arranca, inaugura una nueva concepción de la vida; si la Edad Media enseñó el camino de la vida a la muerte, seguido de premio o castigo, esta ascética prefiere enseñar el camino de la muerte a la vida. La sabiduría medieval venía a decir al hombre: vive como mejor te plazca; pero vigila, para que al fin de la jornada no seas hallado indigno de la eterna felicidad. La ascética ignaciana, y con ella toda la española, en cambio, contempla la actividad humana en su conjunto sólo desde el punto de mira de la eternidad; inquiere infatigablemente el "cómo" y el "por qué", y desde el principio fija ya la mirada en el último fin y objetivo de la vida. La sabiduría medieval se lamenta

incesantemente de lo efímero de todo lo temporal; la ascética ignaciana, en cambio, no encuentra en la "Vita somnium breve" ocasión para lamentarse, sino para reflexionar sobre la acción propia para alcanzar el fin; no aspira a hacer de todo el mundo un convento, sino que prefiere constituirse en maestra de los seglares y enseñarles que este mundo sólo adquiere sentido y valor mirándolo "sub specie æternitatis".

Aspecto individualista y sentido de la personalidad.— El sentido de la subordinación y la virtud de la obediencia no surgen, en los "Ejercicios", del espíritu gregario característico de la Edad Media; tienen un sentido eminentemente militar, esto es, de medio e instrumento para un fin determinado, el fin de la educación espiritual y el dominio de sí mismo. Los "Ejercicios" aspiran, de acuerdo con el espíritu auténtico del cristianismo, a una reforma social mediante la previa reforma del individuo. La Edad Media aspiraba a la reforma en masa de la sociedad mediante la aceptación práctica de la fe y de la moral cristianas; es la época de las Cruzadas, de los sueños de conversión universal de los pueblos mahome-

tanos, de los grandes predicadores populares, etcétera. La ascética española, empezando en la de San Ignacio, en cambio, descubre todo el valor que tiene la individualidad humana en la magna empresa de la cristianización del mundo, y sólo por este descubrimiento es una legítima manifestación de la cultura renacentista.

Racionalización y metodización psicológica de la ascética.— La reforma religiosa del individuo, finalidad de los "Ejercicios", la sujetó San Ignacio a una metodización racional, a un procedimiento basado en un conocimiento experimental y teórico de la psicología humana. Los "Ejercicios" significan en su época un nuevo ensayo de racionalización de la moral cristiana por medio de reglas fundadas en la observación y en la experiencia psicológica del individuo. Ya ha sido puesto de relieve por autores competentes este importantísimo aspecto de los "Ejercicios". La psicología moderna ha confirmado muchos puntos de vista que contiene el plan y el método del libro de San Ignacio. Por ejemplo, hoy ha quedado firmemente establecido que los fenómenos psíquicos que caen bajo el dominio de la voluntad se producen gracias a la fijación consciente de una finalidad, de un objetivo. Hoy está definitivamente formulada la ley de que cuanto más plásticamente se represente la imaginación, el objetivo que el individuo persigue, tanto más profunda es su comprensión y más intensa la acción para conseguirlo. También la psicología moderna ha puesto de relieve la importancia que tiene la intervención del sentimiento para la concentración de la voluntad y la ejecución y el cumplimiento de un propósito. Todas estas verdades las descubrió intuitivamente el santo autor de los "Ejercicios", una de cuyas más positivas excelencias es la armónica articulación y orgánica coordinación con que hace actuar la memoria, la imaginación, el entendimiento, el sentimiento y la voluntad, esto es, el conjunto de nuestras facultades espirituales.

Democratización de la ascética y de la mística.— El cristianismo medieval predicó que el único camino para alcanzar la perfección espiritual era la vida religiosa, activa o contemplativa, la renuncia al mundo en el claustro. Eclesiásticos y monjes eran los únicos dignos de conocer y estudiar los grandes problemas de la vida religiosa. Por esto la lengua en que se escribían los tratados místicos y ascéticos era el latín, inaccesible a los seglares. El Renacimiento es la época de la democratización del saber en todos

sus ramos; la ascética y la mística dejan de ser, por lo que se refiere a su conocimiento y estudio, un arca de misterios reservados a un círculo de iniciados. San Ignacio, y con él la ascética y la mística española, se suman a este movimiento general. El autor de los "Ejercicios" aspira a hacer participar a todos, religiosos y seculares, de los grandes tesoros espirituales que encierra la contem-

plación de los grandes misterios de la fe católica y la práctica de las más sublimes virtudes cristianas. Con ello allana el camino al florecimiento de las escuelas místicas españolas. Los "Ejercicios" representan la primera manifestación en España de una aspiración universal que caracteriza al Renacimiento: la aspiración a la difusión de todos los tesoros

de la cultura espiritual en un círculo cada día más vasto de individuos. Esta democratización de la ascética y de la mística en sentido renacentista, iniciada por los "Ejercicios", había de ser en España de grandes resultados; ellos inician una corriente que había de ramificarse poderosamente en la literatura española, pues contribuyó a la formación de un gé-

nero tan típico como los "Autos sacramentales", al surgimiento del drama de tesis filosófico-religiosa y a manifestaciones literarias tan originales como las obras de Gacían, que Pfandl señala como el último fruto producido por la corriente de introspección nacida de los "Ejercicios" ignacianos y continuada en las obras de los grandes místicos de la Edad de Oro.

Barcelona, 1935.

Contra el funesto constabulario de Nicaragua

Por JUAN DEL CAMINO

== Colaboración. — Costa Rica y enero del 36. ==

La funesta herencia yanqui recibida por Nicaragua después de la ocupación de los años 26 al 32 es el ejército de tres mil constabularios que hoy sirve al sombrío militar que hizo asesinar a Sandino para lanzarse a una campaña electoral en la cual todos los derechos de los ciudadanos desaparecerán **ahogados en sangre**. La milicia yanqui obediente al Departamento de Estado ideó ese mal terrible. Reclutó y adiestró su gente con los hábitos necesarios para hacer de Nicaragua un país sumiso a los mandatos imperialistas. Y concentró en el constabulario, luego que lo descentó, todos los poderes de la nación; "La Guardia Nacional de Nicaragua—conceptos de la ley que la creó—será considerada como la única fuerza militar y de policía de la república, investida de plenos poderes para preservar la paz doméstica y la seguridad de los derechos individuales. Tendrá el control de las armas y municiones y la supervigilancia a través de la república. Tendrá el control de todas las fortificaciones, barracas, edificios, campos, prisiones, penitenciarías, barcos y demás propiedades del gobierno que anteriormente le estuvieron asignadas bajo el control del ejército, de la marina y de las fuerzas de policía de la nación".

Con ese desastroso ejército dejó también el yanqui a Nicaragua un gasto de un millón cien mil dólares anuales para su sostenimiento. Y el jefe nativo de fiera superior al más desalmado y satánico de los soldados de ocupación. Ese nativo desafía y en su ambición oscura por llegar a Presidente de Nicaragua extiende por todas partes, en un futuro inmediato, vahos inmensos de sangre.

Hace pocas horas escuchamos casualmente la voz del desatado jefe de los constabularios nicaragüenses. Hablaba para quienes lo proclaman candidato a la presidencia y radiodifundieron desde allá semejante elocuencia como lección altísima dada a la América. Resulta ahora que la constabularia es el más grande orgullo de estos pueblos. Es un descubrimiento sorprendente que nos

ha traído la onda sonora. El jefe ha tenido esta expresión de amenaza: "Cualquier movimiento subversivo en estos momentos será aplastado por la Guardia desde su nacimiento y no quedará nadie convidado para movimientos posteriores". Ya sabemos cuál es el sentido de la subversión para el constabulario que ambiciona un puesto de mayor jerarquía. El que tiene le vino después que Nicaragua fué asolada por las milicias yanquis. Se internaron por todos los confines a asesinar sin piedad. La consigna fué matar al nicaragüense para someter por medio del pavor. Desde el espacio también completaron el exterminio. Cientos de toneladas de explosivos y millares de tiros cayeron sobre los pobladores de va-

lles y montañas. Hubo carnicería y la protesta del nicaragüense contra el yanqui de las milicias fué ahogada en sangre.

Cuando el exterminio quedó cumplido surgió la constabularia del río o del lago de sangre. Los constabularios nicaragüenses formados por el yanqui nacieron ensangrentados. Por eso la tradición de sangre continúa y al jefe con ambiciones presidenciales no le es difícil invocar el pasado. Los yanquis lo pusieron no por blando sino por mano de hierro. En su elocuencia, constabularia hace el elogio de la paz que ha podido él regar sobre Nicaragua. Terminaron las perturbaciones internas y la vida del nicaragüense está encauzada por el orden y el trabajo. Precisamente para que ese

orden y ese trabajo no perezcan es que él, el jefe que asumió el asesinato de Sandino, se proclama candidato a la Presidencia. Sin él las conquistas cívicas están en peligro. No le parece bastante que la constabularia tenga resumidos todos los poderes. El complemento es la presidencia y por la presidencia sale a luchar con sus tres mil constabularios. Hay leyes que están contra él. No puede el jefe ambicionar cargo de esa jerarquía porque constitucionalmente es imposible. Así se lo dicen. Pero el constabulario desconoce el valor de las leyes cuando tiene fusiles y ametralladoras. Con fusiles y ametralladoras se abrirá paso hacia la presidencia de Nicaragua. Y matará toda protesta. No quiere el menor brote de protesta.

¿Por qué el jefe constabulario resuelve apoderarse de la presidencia desde unas elecciones y no desde su puesto de caporal? Hechura yanqui, este descentado prefiere guardar las apariencias en la era del **buen vecino**. En otros tiempos el cuartelazo habría resuelto ya la dictadura presidencial en favor del ambicioso. Pero estamos viviendo bajo la invención de la doctrina del buen vecino. El Departamento de Estado nos da el ejemplo. ¿Acaso desde que esa doctrina de política internacional nos rige se ha visto acto alguno de imperialismo brutal? Las apariencias se guardan con el segundo Roosevelt. ¿Y el caporal nicaragüense no ha de ser fiel a la voz imperialista que le ordenó permanecer en el puesto de pacificador y fomentador de la riqueza pública? Por fidelidad es que quiere la presidencia en unas elecciones. Pero advierte que no han de serle adversos los sufragios porque entonces la sangre resolverá sin piedad. El Departamento de Estado ha creado un hijo que lo enorgullece. Y como el constabulario nicaragüense es hijo del imperialismo yanqui tenemos que alarmarnos de su actitud desaforada y denunciarla.

Herencia funestísima la que a Nicaragua dejó la milicia yanqui. Y si no aprovechamos la lección que nos viene de Nicaragua, tendremos constabularios. En rea-



Lleva la esperanza atornillada al cuerpo

Madera de Laporte

lidad esos cuerpos militares son influidos del espíritu yanqui que el imperialismo necesita para someterlos. En Nicaragua fueron instructores yanquis los que seleccionaron al constabulario y lo disciplinaron con textos yanquis. El espíritu de subordinación inculcado a esa masa humana fué para que las huellas de la conquista no desaparecieran. Tres mil hombres pasados por la criba yanqui no pueden dar sino tres mil sostenes del imperialismo del Departamento de Estado. Todavía cuando esa constabularia quedó perfecta y la recibió este caporal que ahora va a ahogar en sangre todo brote de subversión, el yanqui desconfió y dejó metidos entre ella multitud de oficiales yanquis. Es una organización exclusivamente concebida para hacer de Nicaragua la factoría perfecta.

Por eso nos alarma cuando el jefe quiere la presidencia y anuncia que no podrá nadie vedarle el camino. La constabularia hechura del imperialismo yanqui va a dar

en Nicaragua, un país de nuestra América, el paso hacia la Presidencia, es decir, va a apoderarse del último reducto dejado por la conquista sin atrapar. Si el constabulario no es contenido en Nicaragua por un movimiento severo de opinión que quiera matar antes que al descastado al yanqui que lo hizo y lo usa como instrumento para mantener la factoría, lo que nos está reservado es la esclavitud. Nada hay que sirva mejor al conquistador que el propio nativo. Es fiero y despreciativo. Allí está el de Nicaragua. Y como él serán los que forme a su tiempo el Departamento de Estado.

Pensemos en el millón cien mil dólares que cuesta a Nicaragua el sostenimiento de la constabularia. Esa suma pesa terriblemente en el presupuesto. Un país pequeño y poco poblado no puede jamás soportar tres mil constabularios. Ni país alguno que no esté sometido al yanqui imperialista. El espíritu del constabulario es des-

graciado. ¿No vemos acaso la facilidad con que fluye de labios del jefe nicaragüense la amenaza? No hay dificultad que no se solucione con el atropello. Tenía Nicaragua la dificultad de un Sandino rebelde y luchador contra el imperialismo yanqui y contra todos los canallas de su tierra al servicio de ese imperialismo. Sandino ponía múltiples obstáculos contra el imperialismo. Había abatido cuantas veces lo quiso a las milicias organizadas por el yanqui para darle muerte. Pues siendo el único nicaragüense con capacidades morales para salvar a Nicaragua, el imperialismo usó al constabulario y en la celada quedó Sandino asesinado. Desde entonces está desamparada Nicaragua y el imperialismo se ufana de haber pacificado a aquel pueblo.

No pasen los cosas de Nicaragua sin nuestra meditación. Sucesos grandes están desarrollándose y el Departamento de Estado los conoce y los impulsa. El

constabulario es el aliado del imperialismo yanqui. Por eso lo que el constabulario diga y ponga en acción es la orden de afuera. Para estos pueblos que viven aplastados por hombres que no quieren ser desafectos al Departamento de Estado, lo de Nicaragua se presenta como un vaticinio. Es el vaticinio de lo que será de ellos si efectivamente el constabulario logra **ahogar en sangre** la protesta que lo condena y lo persigue.

Los políticos no son hombres de luchas antiimperialistas, pero tampoco en Nicaragua tiene interés el Departamento de Estado en cambiar la ficha que colocó hace cuatro años al frente de la constabularia. Los que están minando la posición del jefe o caporal servirán al Departamento fielmente. Pero es torpeza prescindir de la criatura hecha ya a imagen y semejanza del modelo ideado por el imperialismo para su seguridad en los pueblos de América.

Una estrella flamenca en cielos del Sur

El arte nocturno de Víctor Delhez

Por FERNANDO DIEZ DE MEDINA

= Envío del autor. — La Paz, Bolivia. Diciembre de 1935. =

«Yo soy como el cielo estrellado: movable y sosegado.»

Hölderlin

Para el septentrional, habituado a menor densidad de luces, las noches del Sur con sus cielos cuajados de estrellas y la cauda numerosa de sus constelaciones, tienen un brillo cegador, antes padecer visual que freno del entendimiento.

¿Cuál habría sido la emoción del profundo Plotino que percibía el ritmo de la belleza abstracta en la rotación musical de los astros, o del sutil Lucrecio a quien empavorecía el silencio aterrador de su marcha, ante el deslumbrador espectáculo de los cielos del Sur, donde el oro de las constelaciones entona un himno solemne que triunfa del pavor de los abismos?

En el Sur el ojo humano percibe mejor el mundo estelar. Desde la infancia curiosa que indaga, la vista fortalece sus poderes extensibles y aprende a enriquecer las percepciones bajo el enérgico acicate de un cielo cargado de estrellas; para el contemplador nocturno la cúpula sidérea educa la voluntad, aguza el entendimiento y depura el sentimiento estético de la visión. Por eso Chocano dice que la Cruz del Sur es la condecoración de los abismos; y el incógnito Narayan afirma que en el hemisferio Sur fulge la luz más viva, porque proviene de fuentes más puras que no alcanza el áspero desvío de los hombres.

En el hemisferio austral todo lo que luce es bello. Una clara geometría construye sus formas nítidas y es el perfil más puro cuanto mayor es el tumulto de los cuerpos.

Estamos en la meseta andina, bajo el claror sin término de la noche altiplánica, Millares de estrellas vierten su lumbre cálida. Una infinita vibración sacude el infinito cie-

lo. Los astros solitarios, las constelaciones tumultuosas, las estrellas más distantes irradian luz potente. Todo es como un convergir de fuerzas misteriosas que llaman a la inteligencia humana desde el fondo sin linde de la noche. Antes que la clásica imagen "Sinfonía de la noche estrellada", el cielo sugiere un coro innumerable de voces cuya potencia y extensión rebasan los límites acorados de la lógica que reprime y clasifica. Sólo algunos trozos de la "Misa Solemne" de Beethoven y otros de las "Pasiones" del inefable Juan Sebastián Bach, dan idea de este flujo concertado de voces que del infinito fluyen y en lo temporal se resuelven. Absorta en la contemplación del maravilloso espectáculo, la mirada habituada a pacer en sus eternos campos se siente, de pronto, herida por el reflejo de una luz extraña.

—¿Qué luz es ésta que sorprende y mortifica? ¿De dónde proviene su fulgor desconocido?

Es una estrella menuda y lejana. Surge de la noche del tiempo. Su luz es verde y pura. No tiene la calidez de otros pobladores del cielo austral; es más bien fría, serena al emitir su irradiación. Su mensaje, sin dejar de ser difícil, no está distante de lo fácil; primero hiere, luego atrae. En el soberbio contrapunto de la noche estrellada, es una voz perdida y suelta, distinta a todas las demás.

—¿Quién es le huésped misterioso que surge en los cielos del Sur?

—Una estrella de Flandes... Una estrella de Flandes...

Hombre

Un día de setiembre hace su aparición en la ciudad altiplánica. Los habitantes de La

Paz contemplan con indiferencia a este pequeño nórdico, de ojos claros y dulces, cuyo espíritu finge estar desasido de toda voluntad de dominio. Desciende en la estación acompañado de un gracioso perrito a quien llama "Cocoliche" y se refugia en un hotel cualquiera, modestamente, como el más humilde de los hombres.

Menudo de estatura, magro, su apariencia física pasaría desapercibida si no fuese la espléndida cabeza que parece aventada de un lienzo primitivo. La tez blanca tiene a veces tonalidades de marfil. Fina, desordenada la cabellera. Noble el perfil de la nariz y espaciosa la frente. Hasta la barba oscura que fluye suave y cerrada, hace un contraste equilibrado en torno a la claridad de la piel.

La esencia de este rostro asoma a los ojos; son dos ojos lúcidos y fríos, penetrados de una fuerza tranquila que sabe sus caminos. En ese doble instrumento de percepción concentra el hombre su máxima vitalidad: Delhez vive por los ojos, que se adelantan, parecen próximos al salto como si quisieran acercarse más a la naturaleza de fuera. Toda la actividad del alma está expresada en este par de ojos serenos, seguros de sí mismos, que se movilizan con asombrosa rapidez dentro de sus órbitas; se diría, por instantes, que un invisible sentido táctil rige la acción de su mirar pasmoso que da la sensación de adherirse a los objetos. Observando las acciones y pasiones de estos ojos, se comprende que el artista ha nacido para dominar el mundo exterior. Delhez, en lo físico, es una figura de las que solía pintar Van der Goes, el delirante primitivo; a veces en evidente desproporción, diminutas, pero concentrada siempre en el rostro una maravillosa expresividad, como sucede en sus ángeles aéreos y patéticos.

—¿Qué se sabe, por referencias aisladas, de Víctor Delhez?

Es un belga de Flandes. Tiene 34 años. Vanguardista en París, residió muchos años en Buenos Aires—al extremo que la crítica lo considera artista argentino—y viene de una finca de Cochabamba, departamento de Bolivia, donde hace un par de años trabaja sus grabados sobre temas bíblicos. Expone en La Paz porque espíritus amigos lo empujan a ello. Su ausencia de sentido práctico, su falta de capacidad combativa para la lucha de las figuraciones y de los éxitos sociales, jamás habrían emprendido la aventura. Al inaugurarse su exposición de temas bíblicos, el público dice: desconcertado:

—¿Es éste hombrecito sencillito y bondadoso el autor de tanta belleza?

Todos se atropellan por conocer al artista que sostiene heroicamente la acometida: diplomáticos, hombres de estado, señoras, críticos y periodistas se afanan por escuchar de sus labios la historia de esa extraordinaria inquietud que cuajó en tan bellas obras. El artista absuelve las interrogaciones, explica motivos técnicos, diserta sobre escuelas e influencias, hace historia, critica, crea una atmósfera estética en torno a su obra; pero todo en tono menor, con esa limpidez espiritual que tendría un maestro al hablar a los niños, casi avergonzado de su sabiduría y de los elogios que se le tributa.

Es un verdadero niño de alma vieja. Sabe mucho en cuanto atañe a su arte; sin embargo desconoce todavía la ciencia elemental de vivir bien y hacerse poderoso. Puro como una criatura, candoroso, descuidado, tiene la ingenuidad del justo y la fuerza tranquila de la sana varonía que sólo busca imponerse por el amor. Todo en él es claro y simple como el cauce infantil de su alma que vive para la sinceridad. Polifacético por sus experiencias vitales—es ingeniero, grabador, polemista, crítico, pintor, viajero impenitente, filósofo, narrador y poeta—es uno e indivisible en función de la personalidad. Es el espíritu que inspira más confianza por ser el que se brinda con mayor amplitud; no tiene nada que esconder: es puro y limpio como su arte. Para poder concentrarse y producir seriamente, abandona una posición social, su comodidad, su propia seguridad económica y se refugia en la finca de "Cocara-ya"; como el Doctor Negro en el "Stello" de Vigny, su lema es: solo y libre, cumplir su misión.

Espíritu

—¿Quién habita el alma de Víctor Delhez?

—Un europeo de la decadencia; la frase es más sugestiva de lo que parece en el primer momento. Como suele ocurrir cuando una cultura llega al zenit, en la decadencia florecen las sensibilidades más atormentadas y también las más lúcidas.

La contemplación de sus grabados, antes que la apariencia especular de los prodigios técnicos, admite la presencia de un cosmos espiritual. Antes de conocerlo personalmente, sus maderas anuncian al auténtico creador, al que supera el hábil tecnicismo de una ejecución mecánica por la revelación del hábito interior que anima a la materia, antes pasión del alma que dolor del cuerpo.

En función de su época, es un representativo máximo del drama psíquico que acosa al europeo. Lleva en sí toda la tradición del arte occidental contemporáneo; pasó y padeció la experiencia de todas las escuelas. Hi-

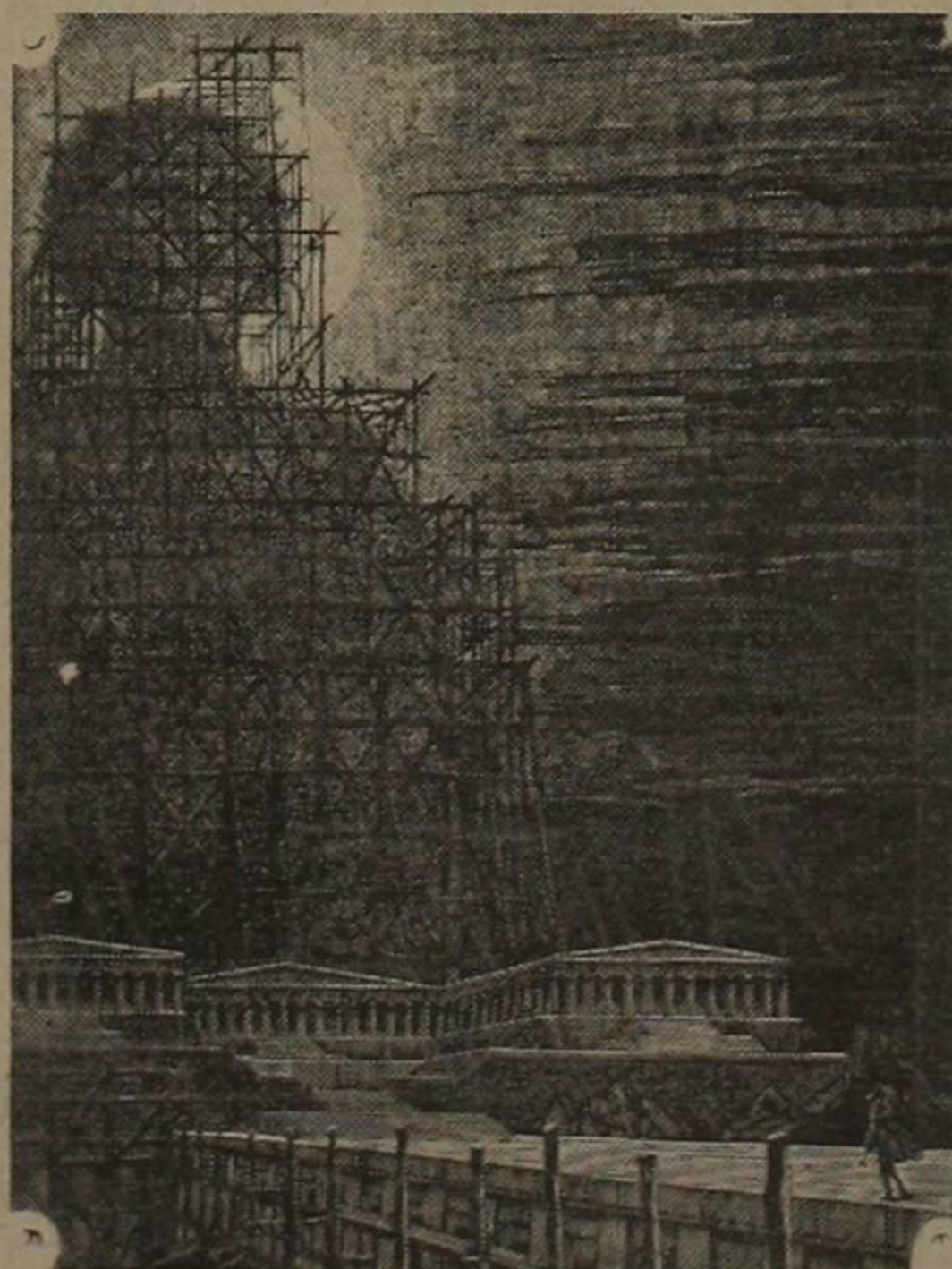


Jesús y los Doctores

Xilografía de Víctor Delhez

zo pintura, dibujo, grabado. Fué realista, impresionista, cubista, superrealista. Sintió y vivió la oposición encontrada de las tendencias. Renegó del clasicismo y de la plástica renacentistas. Después de exponer de acuerdo con las audacias de los "ismos", asistió a la terrible experiencia de la vanguardia derrotada, y tuvo que abandonar también sus caminos para salvarse. De esa ruptura con las escuelas y los cánones antiguos y modernos, nacen sus ilustraciones a Baudelaire, síntesis estética de nuestro tiempo porque expresan la anarquía dominante de las ideas y la sensibilidad contemporáneas. Delhez es un decadente que agotó las posibilidades de vanguardia. El que perdió la fe en lo clásico intentando liberarse del realismo de varios siglos, pierde también la esperanza de surgir en el movimiento frustrado de las escuelas de avanzada; mas como el alma inmortal burla la caída de las tendencias pugnando por hallar nuevos caminos, el artista busca una salida para su patética indagación.

En este instante tropieza con Berdiaeff, el original pensador ruso que insistiendo sobre el tema central que atrae al pensamiento mo-



La muerte de los artistas

Ilustración de Baudelaire. Por Víctor Delhez

derno, preconiza el fin del Renacimiento y el retorno a una Nueva Edad Media. Una nueva Edad Media; he aquí el camino: desprenderse del racionalismo de muchos siglos para volver a las zonas intuitivas donde el espíritu recupere todo lo que ha perdido bajo el esplendor material de la era renacentista; su pensamiento histórico moderno, quiere trocarse en pensamiento metafísico, de verdades eternas y profundas, para crear el nuevo medioevo.

La angustia del hombre moderno, ese "pathos" desgarrador de duda y desconfianza que conduce a la disociación de los valores—tan admirablemente expresados en el "Contrapunto" de Aldous Huxley — los ha vivido intensa y sostenidamente Delhez; pero lejos de ser un apocalíptico de la catástrofe final o de consumirse en el escepticismo taladrante de la sociedad actual, se aferra a una posibilidad de salvación, reniega de las formas normativas del mundo y tiende la mirada hacia el cosmos nocturno de Berdiaeff, el que tiene luz de estrella, porque no se mide en años sino en espacios celestes.

En ese derrumbamiento de valores anunciado hace medio siglo por el genio penetrante de Nietzsche, lo salva la tradición del genio flamenco. Aunque el arte delheziano es nocturno porque busca una gnosia religiosa que lo exprese y afirma su valor ontológico en un movimiento hacia la profundidad del ser, de donde brotará la revelación oculta por el día caótico de la confusión actual, sus xilografías son una nueva tentativa del alma flamenca; son la fuerza inaudita de la tradición que acompaña al artista en su periplo por los caminos del mundo y busca—una vez más en el ébano del tiempo—aquella prodigiosa claridad que se filtra en los lienzos de Van Eyck, dora los cuerpos dionisiacos de Rubens, vibra entre las sombras de Rembrandt y hace límpido el paisaje en Patinir. Estos pintan, Delhez graba; pero de todos es la luz, porque la esencia del genio flamenco es ese aspirar eterno hacia lo claro, que desde la pasmosa objetividad de los Van Eyck hasta el candor subjetivo de Memling, se resuelve en excelencias del ver y el expresar.

Un gran viento profético sopla en sus grabados, como si el artista anunciara una evasión de la rigurosa plástica renacentista y una superación de la vanguardia derrotada. ¿Anticipa un neo-primitivismo, una síntesis de principios elementales, una suerte de realismo mágico o algo que recién está por llegar, esta mano que domó la gubia e hizo saltar chispas de luz en la noche sombría de la madera intacta? Delhez representa, en el grabado, lo que Proust en la literatura: una nueva manifestación en la manera de sentir y de expresar el mundo. No es la reanudación arcaica del pasado, pero anticipa un futuro que no conoceremos en plenitud; por esto se hace difícil comprender la significación de sus grabados, donde vive sus primeros sueños un alma cuya magnitud no podemos medir, pero que ha fijado ya su camino: la cima o el abismo, porque esta sensibilidad sutilísima que doma una implacable voluntad de disciplina no quiere planos intermedios: o perdura o desaparece. "Mi pequeño talento y mi gran voluntad..." ¿Qué cielos puede abrir esta llave?

En Delhez habita el trágico destino del alma moderna con sus rupturas y su desequilibrio angustioso, su polivalencia y sus contradicciones enigmáticas; para hablar en profundidad de su arte, hay que hacer saltar, de-

trás del luminoso creador de belleza, al hombre trágicamente humano, expresión activa del pensamiento moderno por la intensidad de sus conflictos, la enérgica expansión del cosmos interior—que se fragmenta y se reconstruye incesantemente—y aquel sentido de evasión que es signo de la época. Quien haya conversado con el flamenco aprecia el valor trascendente de su “caso espiritual”; una terrible conmoción anímica mueve esta inteligencia apasionada, encubierta por una plácida apariencia, mientras adentro cunde el hervor de un despertar mesiánico. A este poderoso y sugestivo espíritu, que se moviliza dentro de esa doble condición de reposo exterior y tumulto en lo íntimo, se le puede aplicar la frase profunda de Holderlin: “Yo soy como el cielo estrellado: movable y sosegado”.

Obra

Un día contemplo un cuadro; el tema es clásico: Cristo entre los dos ladrones. Súbitamente siente el deseo imperioso de acometer una gran obra cíclica: el “Tríptico Baudelaire—Cristo—Dostoiewski”; serán 200 xilografías. En esta imponente concepción ideal, el Cristo, símbolo y fuente de la más alta humanidad, afrontará la dramática oposición a Baudelaire, el profeta a corto plazo y Dostoiewski, el profeta a largo plazo; es decir el Redentor Supremo de los hombres, frente al precursor que soñó redimir al espíritu como individuo y al precursor que soñó redimirlo como muchedumbre. Una nueva versión en lo bíblico y algo perfectamente original en el conjunto.

Por la grandeza de la concepción, el propósito delhezano recuerda aquella monstruosa tentativa de “La Puerta del Infierno” que Rodin jamás vió concluida porque estaba más allá de la capacidad del individuo. ¿Cómo medir el estupendo heroísmo de Víctor Delhez, que huyendo de las ventajas y las fascinaciones de la urbe, se refugia en una plácida finca del valle cochabambino, para defender una obra que le sobrevivirá en el tiempo?

Lejos de las concepciones estáticas de Doré—recordad los famosos apóstoles hieráticos, rígidos, barbudos—las figuras delhezianas tienen la dinamia espiritual que viene de la entraña; son la esencia interior hecha forma evidente y palpable. El flamenco mora un mundo real, doloroso, que muerde el espíritu; por eso apesar de estar revestido por una apariencia ideal que surge de su imaginación creadora, habita sus grabados, en un segundo plano, el conocimiento trágico de la realidad viviente.

Dice Landsberg, refiriéndose al arte gótico, que se admira en éste el juego desenfrenado de los adornos, la fantasía desbordante del hombre imaginativo, sin atender lo bastante al orden matemático extremado con que está construida la catedral gótica; sin hacer resaltar la enorme regularidad en derredor de la cual gira el bello juego de los motivos decorativos; esto se aplica a Delhez, en quien se quiere ver al preciosista en alardes técnicos, sin advertir que su técnica le sirve más bien para expresar los órdenes secretos de su comprensión del mundo. Delhez es un gótico en cuanto le nacen de la entraña del ser la aspiración al orden, para expresar no vivencias históricas, sino esencias metafísicas del pensamiento; es moderno, altamente moderno, cuando en el lidiar de sombra y luz que disputan superficie, reviste las

Cansancio mental Neurastenia Surmenage Fatiga general

*son las dolencias
que se curan
rápidamente con*

KINOCOLA

*el medicamento del cual
dice el distinguido Doctor
Peña Murrieta, que*

**“presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos severa y científicamente”**

cosas de nueva faz, como si un virginal perfil les brotara de lo hondo.

Es nuevo, aunque le nazcan apariencias de similitud temática o de líneas, porque rebasa la educación clásica de las construcciones y supera la estilización de vanguardia.

El mundo exterior le sirve sólo de referencia para su discernir eminentemente subjetivo del contorno. Su sabiduría vital se refleja en sus grabados. Es—se lo dice un crítico belga—la mano de un gran poeta que ha aprendido a sondear profundidades de excepción y a invertir la idea pura en imagen. Los motivos bíblicos son meros pretextos para que el artista manifieste cuanto sabe del mundo, de la tierra, de sus montañas y llanuras, sus plantas y sus árboles, su luz y su sombra, del hombre con su nobleza y su miseria, sus ademanes y su porte.

Es un arte totalmente libre. Interpreta los Evangelios sin ceñirse al dogma católico, ni siquiera a la concepción general cristiana. Tiene un Cristo negro, porque así concibe

al Redentor: fuera del tiempo, del espacio, de la geografía y de la historia, de la limitación racial. Son imágenes del Cristo que no vemos en otras partes; casi aéreas, con sólo un valor de sugestión, como en los primitivos flamencos; rehusan mirar y voltean audazmente el rostro como en “Jesús y los Doctores”; atrevido el escorzo, inédita la concepción. Estiliza con audacia, perespiritualizando la materia. El Cristo de sus maderas no es el que adoramos en las iglesias ni el que aprendimos a venerar en las estampas; es un Cristo nocturno, que se esfuma de la tierra para volar al cielo, tamizado a través del alma ardiente de un artista, que viviendo en pleno derrumbamiento de valores, re-crea dentro de sí otras representaciones estéticas para emprender con ellas el ascenso a una nueva vida espiritual. Delhez crea otra atmósfera al drama supremo del Cristo, en una versión límpida, inédita, fresca y olorosa de la Sacra Pasión Divina, como si se respirase un aire más fino y más liviano en un mundo encantado. Es un esfuerzo de largos y penosos años de trabajo; sin embargo, no tiene todavía ni la mitad de su “Tríptico”.

Este arte fáustico, verdaderamente, por el infinito sentido de evasión del mundo real con que está construido, es un camino anárquico que el artista recorre anunciando el restablecimiento del orden profetizado por Federico Schlegel, para cuando terminen las tremendas conmociones espirituales de la moderna humanidad racionalista.

Delhez cultiva una suerte de misticismo estético en la comprensión de la materia, como si el constructor, para entender estéticamente una cosa, se sustituyera a ella y fuera a un tiempo mismo sustituido por ella. Es la “simpatía simbólica” de que habla Basch y por esto su arte tiene la frescura matinal de una sensibilidad privilegiada que indaga detrás del potente resplandor del día, en busca de las íntimas esencias que fluyen de la noche misteriosa del ser.

¿Qué nueva luz asoma al reino secreto de Alberto Durero y Gustavo Doré?

Una estrella flamenca vierte su lumbre de oro. Es una luz nocturna, lejana y misteriosa, como si no tuviera prisa de llegar; pero al fluir cerca del ojo humano que escruta la noche enlucrada, pervivirá en dichas claridades, definitivamente, porque brota como revelación del espíritu—según la frase de Novalis—para dar un nuevo sentido al mundo de los hombres.

In angello cum libello—Kempis.—

*En un rinconcito, con un librito,
un buen cigarro y una copa de*

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

De los muchachos vanguardistas de Nicaragua

Oda-Foto

(greta garbo)

Loto blanco a la deriva de un "Sacuanatoyas" virgen.
Iceberg de antifaz, inmensamente evado sobre las ondas.
Cabellos de madejas largas, de pachones helotes.
Nariz de reno, profundas inspiraciones de algo.
Boca de sapo, con besos llenos de baba.
Ojos de jibia, estrias pardas de luz.
Carne de medusa, elástica, perezosa y abandonada en un edredón de garzas.
Piernas de mesa joven, nerviosas como un gardumen de pepezcas.
Mejillas de terciopelo de guaba.
Garlopa de sensaciones peligrosísimas, aburrimientos privados.
Cuello de alcaraván, sonrisas de calavera... Salud!

Louis Downing Jr

Canción de montaña

Pidamos al dios de piedra,
bruto de omnipotencia
el hachazo del rayo en la tierra
temblorosa de insolencia.
El vástago informe del hongo,
hiede a lodo podrido
y a ese mirar penetrante del congo
que se siente jodido.
Abrazada la fe del nativo
como bejuco a su palo,
esquiva al demonio vivo
su machete malo.
Arenal negro del río,
voluble y movedizo,
donde el río tiene un brío
de garañón primerizo.
Dios de la lengua de tierra
metida dentro del mar:
que fecundas la becerra
que se llegó a preñar.
En el canjil del barranco
tiene la leona guarida
con un tigre que está manco
de la garra y de la vida.
Y cuando llega el invierno,
la brea del horizonte
ennegrece como un cuerno
el pico agudo del monte.
¡Diablo Tamagastad:
cinco serpientes en rollo,
avisan tu potestad
en un cogollo!

Alberto Ordóñez

1932

Canción de cuna para dormir niños nicaragüenses

Ya viene el coyote;
aulló en la tranquera;
dormite, chipote,
con tu parrandera.

La caperucita
qué siglos murió
y está su casita
muriendo de amor.

= Selección y envío del Padre A. H. Pallais
León de Nicaragua. Con este recadito: «Ilustre
amigo: quisiera tenerse la gentileza de publicar
en el Repertorio, esta selección de los muchachos
vanguardistas? Hay cosas muy buenas Me
han nombrado ellos su Capellán.
Affmo. amigo,
A. H. Pallais =

Anona, anonilla,
bajate del palo
anona de un día
para mi chavalo.

Dormite, muchacho,
que viene el ratón
y el diablo de Pacho
que tiene un cocón.

Dormite, chichí,
pedazo de mí.
Dormite por fin
con tu calcetín.

Piensa en las ardillas
y en las anonillas;
piensa en los coyotes
y en los chichitotes;
piensa en la luna
que come acetuna;
piensa en el sol
que bebe posol;
piensa en 1
piensa en 2.—
Dormite, por Dios.

Ya
viene el coyote;
— aulló en la tranquera —
dormite, chipote,
con tu parrandera.

Alberto Ordóñez

1932. Rivas.

Marina

Junto al cuadro apagado del viejo lobo
marino

he sentido que el alma se me infla como vela,
y mi esperanza parte, en popa el viento
salino.

Mis ojos han seguido su deriva en la estela
alentados por este palpar inquietante,
esta paloma inmensa, que vive, aunque no
vuela.

Para morir gastado yo sé que el mar es
bastante,
pero cuando hay remesas de halagüeños
futuros
hay que dar al olvido lo que nos fué aplas-
tante.

No me pongas reparos en errados seguros
que el que tiene una doble visión de su
camino
penetra por los claros igual que en los
oscuros.

Yo nací como todos: con lastre en el des-
tino;
pero he visto la aurora convincente y cer-
tera
junto al cuadro apagado de este viejo ma-
rino.

Cuando yo sea marino y tú mi marinera,
te mostraré la fuerte biografía del mar
escrita con espumas de sal en la ribera.

Escucharás palabras de sabor matinal
cuando el viento nos sirva, frito, el huevo
del sol
en la móvil y verde bandeja de cristal.

Y tú dirás entonces: ¡el mar es un botón!

Aquí sobre las aguas, recuerdos paralelos
podéis pasar rizando la realidad precisa
y traerme en el pico, húmedos, los anhelos.

Yo enfilo simultánea doble intención de
risa
mientras salmodia el viento su eterna bar-
carola
arriba, en el velamen, ya disminuido en
brisa.

Comprenderás las notas que lleva cada ola
para sumar la orquesta que tiene el pen-
tagrama
distribuido de peces: do-re-mi-fa-sol-la.

El mar no se equivoca. Y el pez en cada
escama
lleva un mar diminuto que nunca se equi-
voca
—la chispa tiene toda la intensidad de la
llama—

Por pura analogía me acuerdo de tu boca
pegada a las caricias del corazón abierto,
cuando rompe la tarde que perfume y pro-
voca.

(¡Ay! la esperanza inmensa por arribar al
puerto!)

Octavio Rocha

1952

Cuadro

Con toda la potencia del silencio apagado
que hoy se torna sencillo para pensar mejor
reduje mi memoria a un amor olvidado
que había en un huequito — el vaso de la
flor —

Allí, donde otras veces atemperamos juntos
rumiando un caro afecto abierto al cora-
zón;
donde, solos, vivimos los minutos difuntos
que hoy son reliquias fijadas en telas de ilu-
sión.

Quiero partir de nuevo a resurgir afectos
a ver si — Lázaro, el tuyo — puede andar
tras mi mano
al son de ritmos fuertes, cálidos y perfectos
que tan bien sincroniza el corazón humano.
Tú sabes que te espero. Nunca es tarde en el
huerto
deleitoso y tranquilo del sentir soberano.
Tan solo, aquí, no siembra el amor del her-
mano,
ni da su fruto bueno un sentimiento muerto.

Octavio Rocha

1932

Rehabilitación del alma buena de los tranvías

Los tranvías fueron sentimentales,
y derramaron lágrimas de grasa,
cuando la niña regresó a su casa
de su paseo por los arrabales.

El maquinista preguntó: ¿qué pasa?
y con su banderita hizo señales,

para que se refugiara entre su casa
la gente humilde de los arrabales.

Se produjo un romántico trastrueque
sin que fuera posible poner breque
a aquel caer de aceras en pedazos

pues los pobres tranvías enamorados,
so pretexto de estar descarrilados,
echaban a correr tras de sus pasos.

Manolo Cuadra

Perfil

Yo soy triste como un policía
de esos que florecen en las esquinas
con un frío glacial en el estómago
y una gran nostalgia en las pupilas.

Pero yo olvidé la clava
y me puse el alma en la mano...

A mis pobres nervios enfermaron
tantas babosadas municipales.
Calles inexpresivas
como películas americanas

(Los peluqueros no tienen alma
proclama mi barba sucia)

Yo soy triste como un policía
de esos que florecen en las esquinas...

Manolo Cuadra

Rivas

Odeta al Arco-Iris

Alcaraván de vidrio,
lapa de laca,
hoy quiero regalarte un grito
quiero abrirte como un abanico
quiero sacarte filo.

quiero hacerte una toilette de acuarela
quiero tejerte con hilos del sol
horizontal.

para poner tu rebozo de lana
a esta mañana vestida de olán.

Ciempiés multicolor,
alárgame tu mano roja,
préstame tu pie verde,
tu mariposeo vibrátil,
tu gran nerviosidad de peces chinos,
tu inconstancia, de aviso eléctrico.

Voy entrando al paisaje
a caballo en un prisma,
y tú me esperas sonriendo,
con tus siete sonrisas.

Te amo desde lejos,
en el agua
y de cerca te amo también
en el bisel de los espejos,
dios de los reflejos,
gorrión de los catalejos.
De siglo en siglo,
de lugar en lugar
vienes saltando
animal mineral,

nacido de una gran mezcla de razas
después del Diluvio Universal.

Eres la luz dormida en la alcoba de cristal
plumero del sol,
corbata de su vestido azul.

Serpiente con plumas,
collar de las espumas,
Yo te he visto en un quiebre
del horizonte y del monte,
Pesebre de las brumas.
Eres el lacayo de librea

que arrea el caballo
de la lluvia,
y cómo cantas, papagayo!
Ardilla de celuloide
¿en qué meditas
con esa mano en la mejilla?
Triste payaso quieto
¿quién te dijo el secreto
profundo
de la farse del mundo?
Triste payaso,
triste como el Pierrot de Picasso.
Rey de los monigotes,
gato de siete bigotes,
carrousel del firmamento,
árbol del viento,
Saltamonte anacoreta,
peineta del monte.
Te arrojo todo mi amor de telescopio
a ti.
Colibrí,
Pájaro-cuna,
ave sola
en el vuelo,
Calcetín de la luna,
ropa interior de la ola,
corpiño del cielo.

1932

Joaquín Pasos

La pescadora de rosas

La joven pescadora de rosas en el jardín
festivo
entra en la submarina gruta de la glorieta
donde acaricia su corazón, chico, lucio y
vivo,
como una cascabel — la culebra de la pan-
dereta —

Es de notar al cabo su risa cuando pinta
para los comedores sus cojines floreados,
los que han de reemplazar con una cinta
a los antiguos cuadros de pescados.

Sobre la mesa deja caer y olvida sus car-
cajadas
que pasan un día inútil, abiertas en abanico,
mientras la cesta se colma de flores tan
alocadas
que hacen las veces de las sonrisas en el
pico.

En los senderos de arena tiene sus rutas
tranquillas
la joven pescadora de rosas esponjosas
dueña de una pecera de lirios y de lilas
y de un pequeño acuario de tuberosas.

Ahora desde el muelle de la fuente de ce-
mento
pesca en el jardín peces de seda
y como la caña alza su pierna en el momen-
to
de atrapar las sardinas de la reseda.

Luego viene hacia mí, llena de besos
revueltos, en un gardumen de azahar,
y la pescadora huele a melón y a mango,
porque esos
son los olores de la pesca en este mar.

Y ya está aquí antes de hablar, gime, sus-
pira,
y al ver los pétalos de la flor más olorosa
dice: "La acabo de coger: aun respira.
Oh! Mira las agallas de esta rosa!"

Joaquín Pasos

1932

(Concluirá esta selección en el
cuaderno próximo.)

El momento venezolano

Por **LUIS ENRIQUE OSORIO**

= De *El Tiempo*, Bogotá, Rep. de Colombia =

Dos aristas se destacan en la topografía
social de Venezuela: la creación de la repú-
blica bolivariana en Angostura, cuando mo-
ría el régimen colonial, y la muerte del ge-
neral Juan Vicente Gómez.

En el primer caso, el dinamismo de esa tie-
rra excepcional sirvió de vehículo al genio
del Libertador. En el caso presente, un con-
junto de fuerzas vivas y vibrantes tiende a
rodear, alentar y cristalizar allí con gran em-
puje todos los anhelos de la América con-
temporánea.

No es éste un cálculo optimista, ni una
conjetura sin fundamento. Es la apreciación
de quienes hayan seguido durante un cuarto
de siglo la evolución económica o política de
ese gran pueblo, tratando de interpretar el
sentido de las fuerzas étnicas que permitie-
ron llevar a cabo hace un siglo la indepen-
dencia de toda la zona tropical.

La característica venezolana contrasta con
la de nuestro ambiente neo-granadino. Allí
los hombres son visionarios, impulsivos, cla-
morosamente individualistas. Las ideas tra-
tan de convertirse en acción en cuanto se las
enuncia, aunque cada quien pretenda reali-
zarlas a su manera, y de ahí salga el grito
de "Federación o muerte".

Si entre nosotros predomina la pasividad;
si las ideas andan acá sueltas por la misma

dificultad con que se realizan, y el ritmo len-
to resulta orgánicamente refractario al des-
potismo, en Venezuela el déspota surge por
la misma necesidad de organizar todos los
impulsos seccionales e individuales.

Cuando Cipriano Castro y sus seguido-
res bajaron los Andes para conquistar los
Estados del Centro, el país buscó el equili-
brio nacional dentro de un cesarismo que
imponía la astucia mestiza de la sierra a la
impetuosidad y el espejismo imaginativo de
las pampas.

Inicia este hecho una lucha de razas. Y
al triunfar la sagacidad sobre la fantasía y
el principio de autoridad sobre el afán de ac-
ción personal y caudillesca, resulta explicable
que los movimientos revolucionarios ofrez-
can siempre todos los síntomas de hipertiroi-
dismo, y que las armas oficiales se impongan
bajo la dirección sagaz, un tanto india, que
se adivina en los ojos ligeramente oblicuos
del Benemérito.

Viene luego, como consecuencia de este
influjo de la cordillera sobre el llano y los
valles tibios, un refinamiento del sistema: el
triunfo de la astucia sobre la astucia, cuando
Gómez se apodera del cetro de Castro; y apa-
rece un estado social semejante en cierto mo-
do al de Luis XI frente a los señores feu-
dales.

La dinastía de los Gómez aplasta todas las ambiciones seccionales, y el grito de Federación o muerte es bocado que se pierde tras los mostachos tigrinos del nuevo amo y señor.

Esa dictadura, que no es, como algunos suponen, obra del relajamiento, o del hábito servil, sino producto natural de la misma impetuosidad racial, del mismo dinamismo pujante y precoz, surge una plutocracia que acapara las fuentes de producción. Todos los grandes negocios caen en poder del caudillo y sus amigos, y la energía popular se escurre hacia el exterior, exprimida por el puño férreo de la casta dominante.

¿Que esto redunde en progreso?...

La evolución social busca siempre caminos de avance, por escarpados que parezcan.

Lo mismo que Pedro el Grande—un Pedro en miniatura, visto en la convexidad de una esfera plateada por soles llaneros—el Benemérito trata de construir en Maracay su San Petersburgo. No se conforma con el toro cebú, sino que inicia fábricas de papel, de telas, de elaboración láctea. Luego abre las puertas a la gran burguesía del Norte, para que explote el oro negro.

El monopolio de la navegación se combina con el incremento de las carreteras para dar vida a esta nueva etapa de la economía, que enarbola el rótulo de "Paz y trabajo".

Quien proteste contra tal estado de cosas, va a la mazmorra. No existe allí Siberia, pero sí el calabozo infecto, el trabajo forzado y cruel, el instrumento de tortura.

Al pasar por las arcadas del castillo, los prisioneros se pierden entre socavones, como los nihilistas se desvanecieran antaño en el nívico panorama invernal de los desiertos descritos por Tolstoi y Dostoiewsky.

En torno a esta situación inconvencible como una pirámide, todas las revoluciones desmadéjase lo mismo que arenas del desierto.

Los críticos no se detienen a meditar en lo justificable de los fracasos, ni analizan la temeridad de un Urbina, cuando se apodera de municiones holandesas y de barcos yanquis, en un gesto homérico de desesperación.

El Benemérito recibe aquello como un tributo a la grandeza, y sigue adelante su obra de rehabilitación, hasta convertirse en uno de los primeros millonarios americanos.

Fuerte como un zar y rico como un zar, hace sentir sobre la masa el prestigio de la dinastía; y en torno a la familia imperial se zurcen leyendas que recuerdan los crímenes reales del viejo mundo.

El mundo en tanto quisiera que los venezolanos se organizaran para oponer la tradición revolucionaria a la tradición cesarista; y como esto no es posible, porque circunstancias especialísimas—entre ellas el respaldo de las grandes potencias interesadas en la estabilidad del régimen—hacen cada vez más fuerte al dominador frente a la angustia de los rebeldes convulsivos, se llega a pensar mal de la índole venezolana.

¿Qué enorme injusticia!

Acaso la Rusia de Pedro el Grande no tuvo que esperar muchos lustros y ver fracasar muchas revoluciones antes de que vinieran las revueltas de 1917?

Un año antes de que triunfara el bolchevismo, Lenin era un iluso.

¿Qué error descalificar, por un retardo insignificante, al pueblo que derramó su sangre por toda América, creando naciones autónomas!

Pero para pensar de otro modo; para creer

en los grandes destinos de Venezuela, basta llegar al alma del exiliado, entenderle su angustia al contemplar la patria tiranizada, verle encanecer en el destierro, esperando hora tras hora el momento propicio para cruzar la frontera e ir a construir una patria grande. Verle contorsionarse ante la impotencia que le trituraba su dinamismo y se lo reducía a la simple misión de ganar el pan cotidiano del destierro!

Cuántas veces se juzgó mal a quienes, no pudiendo resistir al anhelo de convertir los sueños en acción, se internaban en el suelo natal con una escopeta vieja en busca del fracaso y la mutilación. Nadie entendía que prefirieran aquello a la tortura de la espera impotente.

Qué grande, qué democrático, qué creador es el pueblo venezolano cuando se le analiza a fondo en sus mismas locuras y en sus mismos reveses.

Hay que haber soñado con esos héroes dispersos, y haber encendido con ellos el fuego purificador de la protesta, y haber practicado la religión de la rebeldía inmaculada, para saber lo que significan, en el conjunto

americano, esas fuerzas impetuosas, geniales, que hoy se agitan en el caos, pero que buscan el Avila caraqueño como punto de convergencia para revivir el misticismo de los Libertadores.

Si el telégrafo no miente, todos esos millares de exilados entrarán ahora a la patria. ¿Qué resultará de ahí?

A grandes rasgos puede afirmarse que se iniciará una nueva época heroica si el talento que se ha pulido en luchas y estudios alrededor del mundo se reúne ahora en la ciudad avileña.

Tengo para mí que el destino de ese pueblo es explosivo; que no cabe dentro de sus fronteras, sometido al molde estrecho de las nacionalidades pacíficas y rutinarias, y que sólo encuentra equilibrio saludable cuando puede saltar quijotesicamente por sobre los límites patrios, en impulso creador.

Su destino ha sido y seguirá siendo la epopeya.

Ahora se prepara una nueva proeza internacional, no ya en el campo épico, sino en el de la cultura y la economía.

Carlos Aponte: peleador sin...

(Viene de la página siguiente)

batió al imperialismo en Venezuela, Colombia, Cuba, Panamá, México, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Perú, Ecuador y Chile; guardó prisión en Venezuela, Colombia, Cuba y el Perú; expuso su vida, bajo el fuego de las balas, en Venezuela, Cuba y Nicaragua. Murió, peleando, en Cuba, primera trinchera de la lucha contra el imperialismo en América. Por todos los pueblos de América en que estuvo, alzó su voz contra las tiranías locales; bravo entre los bravos, se distinguió de los "valientes por profesión" en que sólo utilizó su valor para ponerlo al servicio de las causas nobles y justas; por donde quiera que estuvo pudo haber llegado a ser "alguien", al servicio de los gobiernos opresores, pero, el mismo instinto que le hacía desafiar la muerte, lo colocó siempre, sin una falta, al lado de la causa de los oprimidos; prefirió antes que medrar con su fama, rebustecerla siempre con hechos heroicos; tuvo un hondo sentido de la amistad y un desprendimiento y generosidad naturalmente irreflexivos; su lenguaje estaba nutrido

con voces de todos los pueblos de la América española y en sus recuerdos abundaban los cadáveres de muchos "marines" invasores, de muchos traidores nativos y de muchas ocasiones en que la Muerte se espantó de la salvaje arrogancia con que le hacía el ofrecimiento de la vida...

Yo, que he conocido ya a muchos hombres incomparables; a muchos hombres sin paralelo posible, a nadie he conocido que, como Carlos Aponte Hernández, el Coronel de las tropas de Sandino, mereciera tanto el honor de decir de él que tenía el corazón de un león.

El me contó toda su vida y me dió el encargo de que yo, algún día, la contara toda. Y el encargo es difícil, pero lo cumpliré a su tiempo. Hoy sólo tengo que decir, que el hombre que cayó en Cuba no fué un "bandido", según el juicio imperialista, porque, precisamente, hasta en el momento de su muerte, no hizo otra cosa que combatir contra los verdaderos bandidos de todas las tierras de América...

JOHN M. KEITH & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Plantas eléctricas portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A
SOCIO GERENTE.

Carlos Aponte: peleador sin tregua

Por PABLO DE LA TORRIENTE-BRAU

= Envío del autor. Nueva York, noviembre 5 de 1935, =

Ahora, cuando la prensa, sistemáticamente, ha venido dando el título de **bandidos y enemigos públicos**, a los revolucionarios que mueren en Cuba, procede decir quién fué Carlos Aponte Hernández, muerto en el combate del fuerte "El Morrillo", cerca de Matanzas, haciendo frente a la sorpresa y la traición.

Su vida, que por lo extraordinaria merece los honores de la inmortalidad, no puede desfilar por la brevedad de un artículo de periódico, sino a rasgos relampagueantes.

Aunque era joven como un estudiante, había expuesto la vida tantas veces, que parecía viejo, de tanto recuerdo como había ido acumulando.

Toda su figura denunciaba al hombre que sólo estaba a gusto en la pelea. Su voz varonil tenía resonancias graves; el sol de los trópicos le había curtido la piel, color de bronce; la cabeza, de líneas enérgicas, ostentaba un perfil lleno de audacia, y en los ojos, oscuros y brillantes, su mirada se cargaba de altivez y de insolencia, a la simple evocación del nombre de un tirano o de un traidor.

Amaba el peligro. Sentía por él esa pasión vehemente y suicida que algunos hombres sienten por una mujer alguna vez en la vida. Pero él fué algo más que un valiente. Por eso su vida se convertirá en un símbolo tan pronto como sea bien conocida; por eso su vida tiene un sentido grandioso, emocionante y conmovedor.

Carlos Aponte Hernández pertenecía a una familia muy conocida en Caracas. Su espíritu turbulento y apasionado le hizo abandonar el colegio en plena adolescencia, para unirse con su hermano, que guardó prisión mucho tiempo en Venezuela, a una revolución para derrocar a Juan Vicente Gómez. Por este motivo, no llegó a poseer la cultura que hubiera obtenido si su clara inteligencia hubiera disfrutado de la oportunidad necesaria para ello.

Mas, si no tuvo los libros suficientes, en cambio tuvo vida con exceso. Por eso, frente a cien sabios, su figura dramática hubiera arrastrado a todos los auditorios, atraídos por su personalidad magnética; por el esplendor de su juventud, estremecida por la emoción de la aventura... El no conocía a los sabios, pero los sabios, algún día, tendrán que hablar de él...

Desde aquel inicio de su adolescencia, ni su cuerpo ni su imaginación descansaron en la lucha. Su vida tomó, desde entonces, el ímpetu y la fuerza de un torbellino y, si alguna vez pareció desordenada, ello fué porque llegó a adquirir esa grandeza épica que sólo admite el juicio a la distancia del tiempo.

Adolescente casi, llegó a adquirir el grado de capitán en las sucesivas invasiones que, desde las fronteras de Colombia, los rebeldes venezolanos realizaban a su propio país. Mas llegó a hacerse imposible el repetir tales hechos y Carlos Aponte, ya con su her-



Carlos Aponte

mano en prisión, emigró. Vino para Cuba y pronto se puso en contacto con Mella, Martínez Villena, Gustavo Aldereguía, Sánchez Arango, Fernández Sánchez y otros luchadores antiimperialistas. Comenzaba entonces el largo y sombrío período del machadato y él, que siempre reconoció haber comprendido en Cuba cuál era el verdadero papel de la juventud latinoamericana, en su lucha contra el capitalismo penetrador de nuestros países, unió su nombre a la exigua lista de los hombres que iniciaron la denuncia del criminal gobierno de Machado.

En La Habana, la larga serie de sus aventuras comenzaron a tener resonancia. Cuando pasó por la Capital de Cuba, Vallenilla Lanz, Ministro de Venezuela en Alemania, Carlos Aponte, sin consultarlo con nadie, esperó su llegada a la puerta del Hotel Sevilla y allí, con su cinturón, le cruzó la cara varias veces al exégeta de Juan Vicente Gómez. Rubén Martínez Villena logró evitarle consecuencias mayores y fué para México, de donde a poco regresó, para tener que salir en seguida porque, estando, en un cabaret, se enteró que en él se encontraba uno de los Secretarios de la Delegación estadounidense a la Sexta Conferencia Panamericana, y, a silletazos, lo hizo salir del local...

Pasó entonces a Nicaragua, por la frontera de Honduras, y por espacio de dos años peleó en las montañas de Las Segovias al lado de Sandino, frente a los "marinos" y a los "vendepatrias", y desplegó tal valor, audacia y desprecio de la vida, que muy pronto fué

el ayudante de Sandino. En este vertiginoso recordatorio nada es posible decir de aquella campaña llena de heroísmos y de sacrificios. Sólo procede recordar, por ahora, que, apesar de sus discrepancias con el "Héroe de Las Segovias", éste, al retirarse Aponte de sus filas, por considerar que ya había posibilidades de lucha en Venezuela, le extendió unas credenciales llenas de elogio para el valor de quien había sido durante dos años su compañero de marchas, combates y "cham pas".

En Nicaragua, al lado de Sandino, aprendió Aponte todas las astucias de la guerra, y estaba ansioso de penetrar en Venezuela para ponerlas en práctica contra las tropas de Juan Vicente Gómez. Pero el desastre que siguió al golpe de Curazao se lo impidió.

Pasó de Panamá al Perú, para tomar parte en la revolución aprista sofocada fácilmente por Sánchez Cerro y estuvo siete meses en prisión. De esta experiencia le quedó una constante evocación despectiva de los líderes del aprismo, que hizo pública muchas veces y que jamás fué rebatida por éstos.

En el Ecuador y en Chile hizo propaganda por las causas de Nicaragua y Venezuela y combatió a las fuertes compañías explotadoras. Pero no había allí ocasión de combate, y vino para Cuba, después de haber sufrido una prisión de más de dos años en Colombia, por haber intentado penetrar de nuevo en Venezuela.

Cuba fué siempre un imán para Carlos Aponte. Sentía por ella un cariño profundo y una admiración sin límites por su juventud ardientemente combativa y jovial a la vez. En ella murió y hoy recuerdo las muchas veces que me dijo, entusiasmado, en aquel lenguaje suyo, pintoresco y afectuoso: "Hermano, ésta es una tierra buena para pelear y morir en ella"... Siempre pensó que, al triunfar la revolución en Cuba, de ella podría sacar los hombres y las armas necesarias para invadir Venezuela y arrasar de allí, de una vez, la tiranía de Juan Vicente Gómez.

Su última estancia en Cuba estuvo llena de episodios emocionantes. Apenas llegado, por insultar, a través de una entrevista que le hice, al General Arévalo Cedeño, tuvo que balacearse con el General Urbina, al que hirió gravemente, resultando él herido en un pie. Recluido provisionalmente, y bajo custodia, en una clínica, esa misma noche un grupo de amigos se lo llevó a punta de pistola. Obligado a vivir fuera de la ley, vino a New York, para ver a su madre, a la que no había visto en largos años.

Mas, el panorama cada vez más agitado de Cuba, lo atraía con fuerza irresistible, y volvió para allá, a buscar el combate y la muerte. Murió al lado de Antonio Guiteras, cuando éste salía para el extranjero a preparar las expediciones que habrían de luchar contra el ejército de Batista.

Esta fué su vida. Nació en Venezuela. Com-

(Pasa a la página anterior)